

## LA EUCARISTÍA EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II

JOSÉ RICO PAVÉS

La Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (17.4.2003), publicada a las puertas de la conmemoración del XXV aniversario del Pontificado de Juan Pablo II, constituye un bello documento de notable interés doctrinal y biográfico. Desde el *punto de vista doctrinal*, nos ofrece una clave de síntesis de *todo* el magisterio del Santo Padre. Los temas que han sido objeto de enseñanza durante los primeros veinticinco años de su pontificado se presentan en *clave eucarística*. Si «la sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo»<sup>1</sup>, no debe extrañar que al presentar este misterio, todo cuanto concierne a la fe (*mysterium fidei*) quede implicado.

Al mismo tiempo, desde el *punto de vista biográfico*, la última Encíclica de Juan Pablo II, contiene, más que ninguna otra, abundantes referencias autobiográficas. En cierto modo, el Papa, con esta encíclica, no sólo ha querido iluminar desde la perspectiva eucarística los misterios de nuestra fe, sino que también nos ha mostrado en primera persona cómo se puede configurar la propia vida en torno al sacramento del altar. La Encíclica, en efecto, ha sido escrita con un estilo testimonial que no es común en este tipo de documentos pontificios. Se nota, más que en otras encíclicas, que el Papa se ha implicado de manera muy personal en lo que escribe. Lo ha hecho ofreciendo notas autobiográficas, citas poéticas, metáforas y temas particularmente personales. De esta forma, el Papa *confiesa* al lector la importancia de la Eucaristía en su ministerio y da gracias a Dios por tan maravilloso don<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> PO 5; cf. Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (= EDE), 1.

<sup>2</sup> «Cuando pienso en la Eucaristía, mirando mi vida de sacerdote, de Obispo y de Sucesor de Pedro, me resulta espontáneo recordar tantos momentos y lugares en los que he tenido la gracia de celebrarla. Recuerdo la iglesia parroquial de Niegowic donde desempeñé mi primer encargo pastoral, la colegiata de San Florián en Cracovia, la catedral del Wawel, la basílica de San Pedro y muchas basílicas e iglesias de Roma y del mundo entero. He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico»: EDE 8.

Al repasar los veinticinco años del Pontificado de Juan Pablo II encontramos, pues, en su magisterio eucarístico un filón fecundo en contenidos que nos permite recorrer en unidad de sentido la enseñanza con la que el Sucesor de Pedro ha cumplido el mandato del Señor de apacentar a su pueblo. La enseñanza sobre el misterio eucarístico ha estado presente desde su primera encíclica, *Redemptor hominis*, hasta la última, dedicada íntegramente a él. Las temáticas abordadas en torno a este misterio y la perspectiva adoptada para su exposición, remiten continuamente a las enseñanzas del Concilio Vaticano II y de su predecesor Pablo VI.

El objetivo, por tanto, del presente trabajo es mostrar la enseñanza que el papa Juan Pablo II ha ofrecido sobre el misterio de la Eucaristía, desde su primera encíclica hasta la última, señalando, además, su continuidad y novedad con el magisterio pontificio precedente. De ahí que, antes de iniciar la presentación de los textos en los que el Santo Padre se ha ocupado de la Eucaristía, sea conveniente repasar brevemente la herencia magisterial más inmediata en este punto.

## 1. La Eucaristía en el Concilio Vaticano II

El tema fundamental del Concilio Vaticano II ha sido el de la Iglesia. Aunque en rigor no hay ningún documento dedicado exclusivamente a la temática eucarística, sí que encontramos abundantísimas referencias que presentan el lugar de *la Eucaristía en la vida de la Iglesia*<sup>3</sup>. El Concilio, además, había adoptado un talante decididamente pastoral evitando expresamente las cuestiones controvertidas que exigían una intervención pontificia<sup>4</sup>.

Las aportaciones del Concilio Vaticano II en materia eucarística se mueven, pues, dentro de esa doble intención: presentar la Eucaristía en el horizonte más amplio de la vida de la Iglesia y evitar cuestiones polémicas<sup>5</sup>. Las aportaciones conciliares son de tipo práctico y doctrinal. Analizadas con detenimiento se

---

<sup>3</sup> Cf. J. Rico Pavés, «*Pignus futurae gloriae*. Eucaristía y Escatología, del Concilio Vaticano II al Catecismo de la Iglesia Católica», en *Toletana* 7 (2002) 104-107.

<sup>4</sup> Refiriéndose al Concilio Vaticano II, Juan Pablo II afirmó: «A esta Asamblea, el Papa Juan XXIII le fijó como principal tarea la de conservar y explicar mejor el depósito precioso de la doctrina cristiana, con el fin de hacerlo más accesible a los fieles de Cristo y a todos los hombres de buena voluntad. Para esto, el Concilio no debía comenzar por condenar los errores de la época, sino, ante todo, debía dedicarse a mostrar serenamente la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe»: Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Fidei depositum* para la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1.

<sup>5</sup> Cf. L. Salerno, «Eucaristía e Vaticano II», en *Asprenas* 14 (1967) 26-43; 221-246; F. Silvestrini, *Il Mistero Eucaristico nella dottrina del Concilio*, Massimo, Milano 1969; J. Solano, *La Eucaristía. Textos del Vaticano II y de Pablo VI*, BAC, Madrid 1969; A. Tourneux, «Vatican II et l'Eucharistic», en *Questions Liturgiques*, 2 (1990) 81-98.

descubren como un riquísimo patrimonio del que, en cierto modo, brota la entera temática conciliar y hacia el que confluye. No en vano, el fruto visible más inmediato del Vaticano II se refiere a la celebración de la Eucaristía.

La Constitución sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium* (= SC 47-58) señaló las líneas maestras de la reforma<sup>6</sup>: participación activa de los fieles, mayor riqueza de lecturas bíblicas, importancia de la homilía, restauración de la oración de los fieles y de la concelebración, recuperación de las lenguas vernáculas, ampliación de los casos en los que se puede recibir la comunión bajo las dos especies, justificación de la concelebración. La celebración procura ahora cuidarse subrayando aspectos que habían caído en el olvido. Se ha clarificado el papel protagonista que compete a la comunidad que participa en la eucaristía. Se habla ahora de «asamblea celebrante» que se asocia a Cristo en el ejercicio de su sacerdocio bautismal. Dentro de esta asamblea celebrante tienen su sentido los *ministerios* que concurren en la celebración. Ya no es una asamblea que simplemente «asiste» a misa, sino que «celebra la misa»<sup>7</sup>. Resplandece así también con mayor claridad, el sacerdocio, visto desde el ministerio de la presidencia.

Muy unida a la mejora de la celebración va la evolución que se ha experimentado en la comprensión teológica de la eucaristía. Ante todo, se ha recuperado una *visión conjunta* de los diversos aspectos del sacramento. Se muestra mejor el equilibrio armónico del misterio: equilibrio entre palabra y sacramento, la proporción debida entre celebración y culto, el papel celebrante de la comunidad en relación con el de los ministros. Se han ido corrigiendo los “desequilibrios” acumulados en los últimos siglos: vuelta a la comunión con las formas consagradas en la misma misa, el altar cara al pueblo, la prohibición de la misa *coram Sanctissimo*, que no haya sagrario en el altar. La eucaristía aparece más claramente como el *memorial de la muerte pascual de Cristo*: el Vaticano II, en la misma línea doctrinal del Concilio de Trento, enfoca la eucaristía en su relación *memorial* con la cruz, mostrando más claramente la íntima relación entre sacrificio y sacramento. Se matiza la terminología anterior: mientras en Trento se hablaba de *representar y memoria*<sup>8</sup>, y en la

---

<sup>6</sup> Cf. J. Aldazábal, *La Eucaristía*, CPL, Barcelona 1999, 201-208.

<sup>7</sup> «...en la misa o Cena del Señor, el pueblo de Dios es convocado... para celebrar el memorial del Señor»: OGMR (= *Institutio Generalis Missalis Romani*) 7.

<sup>8</sup> «Así, pues, este nuestro Dios y Señor, mediante la muerte, había de ofrecerse a Dios Padre una sola vez en el ara de la cruz, a fin de realizar *por ellos* [allí] la redención eterna. Pero como su sacerdocio no había de extinguirse con la muerte, en la última cena, la noche *en la que era entregado* (1 Cor 11, 13), para dejar a su amada esposa, la Iglesia, un sacrificio visible (como lo exige la naturaleza del hombre), en el que estuviera representado (*repraesentaretur*) aquel sacrificio cruento que iba a realizarse una sola vez en la cruz; y permaneciera su memoria (*memoria*) hasta el final de los tiempos; y su eficacia salvadora se aplicara a la remisión de los pecados que cometemos diariamente, manifestando que él estaba constituido *sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec* (Sal 109, 4), ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre

Encíclica *Mediator Dei* de Pío XII se emplea el verbo *repetir*<sup>9</sup>, el Vaticano II hablará ahora de *memorial* y de *perpetuar*<sup>10</sup>, recuperando el sentido objetivo del término *anámnesis*, tal como aparece en 1 Cor 11, 25-26<sup>11</sup>. El Concilio ha precisado, en fin, lo relativo a «los protagonistas» del misterio eucarístico. Mientras Trento insistió en el papel de Cristo y del sacerdocio ministerial, el Vaticano II amplía esta doctrina resaltando además el papel protagonista del Espíritu Santo y de la comunidad cristiana.

La doctrina eucarística que se desprende de los documentos conciliares revela la integración armónica de aspectos que antes se consideraban por separado. De esta forma, el Concilio Vaticano II ha legado además un *talante* que debe caracterizar la presentación teológica del misterio eucarístico. Dicho talante no puede ser otro que *integrador*: la exposición de las diferentes dimensiones que brillan en la Eucaristía debe ser tal que permita captar el misterio en su unidad y simplicidad.

---

bajo las especies de pan y de vino; y bajo los símbolos de estas mismas cosas, los dio a comer a sus apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento. A ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les ordenó que los ofrecieran, con estas palabras: *Haced esto en memoria mía*, etc. (Lc 22,19; 1 Cor 11,24). Así lo entendió y enseñó siempre la Iglesia»: Concilio de Trento, sesión XXIIª, *Decreto sobre el santo sacrificio de la Misa*, cap. 1: DS 1740; FIC 1074.

<sup>9</sup> «El augusto sacrificio del altar no es, pues, una pura y simple conmemoración de la pasión y muerte de Jesucristo, sino que es un sacrificio propio y verdadero, por el que el Sumo Sacerdote, mediante su inmolación incruenta, repite lo que una vez hizo en la cruz, ofreciéndose enteramente al Padre, víctima gratísima [...]De este modo, la conmemoración de su muerte (*memorialis demonstratio*), que realmente sucedió en el Calvario, se repite (*iteratur*) en cada uno de los sacrificios del altar, ya que, por medio de señales diversas, se significa y se muestra Jesucristo en estado de víctima»: Pío XII, Encíclica *Mediator Dei*, 86. 89: DS 3848.

<sup>10</sup> «...celebrando la eucaristía en la cual se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte»: SC 6. «...instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz, y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección»: SC 47. «...unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio del NT, a saber, el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre, una vez por todas, como víctima inmaculada»: LG 28.

<sup>11</sup> Cf. X. Léon-Dufour, «Faites cela en mémoire de moi», en *Études* (1981) 831-842; G. Ramis, «El memorial eucarístico», en *Ephemerides Liturgicae* 3 (1982) 189-208; G.J. Garlati, «La Eucaristía como memoria y proclamación de la muerte del Señor. Aspectos de la celebración de la cena del Señor según san Pablo», en *Revista Bíblica Argentina* 16 (1984) 321-341; 17-18 (1985) 1-25; P. Henrici, «Haced esto en memoria mía. Sacrificio de Cristo y sacrificio de los fieles», en *Communio* 3 (1985) 272-280; J.L. Espinel Marcos, *La Eucaristía en el Nuevo Testamento*, San Esteban-Edibesa, Salamanca <sup>2</sup>1997, 118-123; 178-180.

## 2. El magisterio eucarístico del Papa Pablo VI

### 2.1. La Encíclica *Mysterium fidei* (3.9.1965)

Tres meses antes de la clausura del Concilio Vaticano, cuando se ultimaban la mayoría de sus documentos, el Papa Pablo VI publicó la Encíclica *Mysterium fidei* (= MF), con la que pretendía salir al paso de algunas interpretaciones desviadas o insuficientes en torno a la Eucaristía. Al inicio de la encíclica, el mismo Papa manifiesta su preocupación, pues junto a la riqueza doctrinal aportada por el Concilio, «no faltan en esta materia de que estamos hablando, motivos de grave solicitud pastoral y de ansiedad, acerca de los cuales la conciencia de nuestro deber apostólico no nos permite callar» (MF 4).

El papa enuncia tres motivos de confusión<sup>12</sup>: i) la dimensión comunitaria de la Misa no resta valor a la misa privada, pues toda misa, aun la celebrada privadamente por el sacerdote, es acción de Cristo y de la Iglesia (cf. MF 15); ii) el dogma de la transustanciación y las nuevas terminologías: Pablo VI recuerda los principios que ya había enunciado Pío XII, en *Humani generis*: la norma de hablar de la Iglesia debe ser religiosamente observada (cf. MF 10); respecto al realismo de la presencia de Cristo, el papa recuerda que no es mero simbolismo de su presencia (cf. MF 22. 24); y señala, en fin, el límite de las nuevas terminologías -transignificación y transfinalización- (cf. MF 27); iii) el culto y la fe en la presencia permanente: la presencia de Cristo en la eucaristía no termina con la celebración sino que permanece fuera de ella, de ahí el culto de adoración también fuera de la misa (cf. MF 32), y la necesidad de promover el culto eucarístico, haciendo converger hacia éste todas las otras formas de piedad (cf. MF 35).

Una preocupación de tipo doctrinal centra la exposición de Pablo VI en *Mysterium fidei*. De una comprensión insuficiente o equivocada del misterio eucarístico se sigue una comprensión también insuficiente de la vida cristiana. La intervención del Papa impulsó la reforma litúrgica consagrada en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* mostrando cómo ésta es imposible sin una confesión recta de la fe.

---

<sup>12</sup> «...sabemos ciertamente que, entre los que hablan y escriben de este sacrosanto misterio, hay algunos que divulgan ciertas opiniones acerca de las misas que se celebran en privado, del dogma de la transustanciación y del culto eucarístico, que turban las almas de los fieles, engendrándoles no poca confusión en las verdades de la fe, como si fuera lícito a cualquiera echar en olvido la doctrina definida por la Iglesia e interpretarla de modo que el genuino sentido de las palabras o la reconocida fuerza de los conceptos queden enervados»: MF 4 (DS 4411).

## 2.2. La Instrucción *Eucharisticum mysterium* (25.5.1967)

Después de la promulgación de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* se creó un *Consilium para la reforma litúrgica*. Su presidente, el cardenal Lecaro, el 12 de mayo de 1965, escribió al Papa Pablo VI una nota en la que señalaba las dificultades existentes respecto a la práctica del culto eucarístico y sugería la conveniencia de una Instrucción para orientar debidamente a la luz de la teología y de la tradición de la Iglesia. A los pocos meses, el Papa publicaba la Encíclica *Mysterium fidei*, como un anticipo de los principios que debía recoger la futura Instrucción. Se elaboró un primer esquema, seguido de otros diez. Después de un largo camino de consultas, el 12 de mayo de 1967, Pablo VI la aprobaba y la Sagrada Congregación de Ritos la promulgaba el 25 de mayo de 1967, solemnidad del *Corpus Christi*.

La Instrucción consta de un Proemio y tres Partes. Desde el principio se señala la finalidad práctica del documento y formula la necesidad de presentar el misterio eucarístico en la totalidad de sus aspectos<sup>13</sup>. La Primera Parte presenta algunos principios generales que deben tenerse en cuenta para la catequesis del pueblo. La Segunda expone todo lo referente a la celebración del «memorial del Señor», dando algunas normas generales a observar en la comunidad de los fieles. La Tercera Parte está dedicada al culto debido a la eucaristía como sacramento perenne.

## 2.3. El Credo del Pueblo de Dios (30.6.1968)

El *Credo del Pueblo de Dios* (= CPD) es la Profesión de Fe pronunciada por el Papa Pablo VI el 30 de junio de 1968, en la clausura del «año de la fe», instituido para conmemorar el XIX centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo. Con este Credo, Pablo VI quería responder no sólo a una situación de increencia creciente, motivo de seria preocupación para la Iglesia, sino también a determinadas concepciones teológicas intraeclesiales que estaban en el origen de esa situación.

Respecto a la teología del misterio eucarístico, ofrece una explicación detallada recogiendo las afirmaciones fundamentales de la Encíclica *Mysterium fidei*. La aportación en materia eucarística puede ser sintetizada en cinco puntos. En primer lugar, hay un empeño por puntualizar que el sacerdote ofrece el sacrificio de la Misa, en persona de Cristo y en virtud del poder que

---

<sup>13</sup> «... conviene que el misterio eucarístico, considerado en su totalidad bajo sus diversos aspectos, brille ante los fieles con el esplendor debido y que se fomente en la vida y en el espíritu de los fieles la relación que, según la doctrina de la Iglesia, existe objetivamente entre los aspectos de este misterio»: EM 2.

se le dio por el sacramento del Orden<sup>14</sup>. En segundo lugar, se declara la Misa como sacrificio idéntico al de la Cruz, por presencia sacramental del mismo y único sacrificio<sup>15</sup>. En tercer lugar, la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía se repite con las formulaciones mismas de Trento, acentuando la identidad de efectos que siguen causando en nosotros los elementos sensibles del pan y del vino<sup>16</sup>. En cuarto lugar, sigue la fe en la conversión eucarística como vía única para la presencia real. Se reitera el término técnico *transustanciación*. Se alude a los intentos de interpretación del dogma como *transfinalización* y *transignificación*; establece de modo general lo que absolutamente debe mantener cualquier intento de explicación teológica de la transustanciación, para salvar las exigencias del dogma: objetivamente y prescindiendo de una actividad de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de tal forma que, bajo las especies de pan y vino, es el adorable Cuerpo y Sangre lo que está presente ante nosotros<sup>17</sup>. Por último, se afirma la presencia permanente de Cristo, a partir de la cual se legitima el culto de adoración a la Eucaristía fuera de la misa<sup>18</sup>.

---

<sup>14</sup> «Nosotros creemos que la misa que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico»: CPD 24.

<sup>15</sup> «Nosotros creemos que la misa ..., es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares»: CPD 24.

<sup>16</sup> «Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convirtieron en su cuerpo y su sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial»: CPD 24.

<sup>17</sup> «En este Sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y la conversión de toda la sustancia del vino en su sangre, permaneciendo solamente íntegras las propiedades del pan y del vino, que percibimos con nuestros sentidos. La cual conversión misteriosa es llamada por la santa Iglesia conveniente y propiamente transustanciación. Cualquier interpretación de teólogos que busca alguna inteligencia de este misterio, para que concuerde con la fe católica, debe poner a salvo que, en la misma naturaleza de las cosas, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino, realizada la consagración, han dejado de existir, de modo que, el adorable cuerpo y sangre de Cristo, después de ella están verdaderamente presentes delante de nosotros, bajo las especies sacramentales de pan y vino, como el mismo Señor quiso, para dárseos en alimento y unirnos en la unidad de su Cuerpo místico»: CPD 25.

<sup>18</sup> «La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el Sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos»: CPD 26.

La apretada síntesis del misterio eucarístico que ofrece el Credo del Pueblo de Dios, ayuda a situar la Eucaristía en la Profesión de fe. Es una exigencia de la fe confesada el que este misterio sea «considerado en su totalidad bajo sus diversos aspectos» (EM 2). La vitalidad de la vida cristiana pasa necesariamente por la vitalidad de la confesión de fe, y en ésta, como dimensión constitutiva propia de la misma, no puede faltar la verdad sobre la Eucaristía.

#### 2.4. Otras referencias al misterio eucarístico

Además del tratamiento sistemático del misterio eucarístico en los documentos anteriores, encontramos otras referencias indirectas pero muy significativas en la Encíclica *Sacerdotalis caelibatus* (= SCae, 24.6.1967), en la Encíclica *Humanae vitae* (= HV, 25.7.1968) y en la Exhortación Apostólica *Gaudete in Domino* (= GD, 9.5.1975). Al igual que ocurriera con *Mysterium fidei*, el Papa retiró de la asamblea conciliar la discusión pública sobre cuestiones debatidas en torno al celibato sacerdotal y a la regulación de la natalidad, reservando para ambos temas sendas encíclicas en las que serían despejadas las opiniones confusas al respecto y se formularía con vitalidad nueva la enseñanza católica.

En la Encíclica sobre el celibato sacerdotal, Pablo VI recoge todas las objeciones “modernas” que se oponen al celibato de los sacerdotes, las responde adecuadamente y argumenta con vigor la conveniencia de mantener firme el vínculo entre sacerdocio y celibato. Con esta encíclica, la temática desarrollada en el Concilio respecto al sacerdocio ministerial<sup>19</sup> quedaba completada. La eucaristía se menciona en dos ocasiones: i) al exponer doctrinalmente la dimensión eclesiológica del celibato sacerdotal, y ii) al describir pastoralmente los fundamentos de la espiritualidad del sacerdote. En el primer caso, el Santo Padre recuerda cómo el sacerdote, «apresado por Cristo Jesús», se configura más perfectamente a Cristo también en el amor con que ha amado a su Iglesia. Actuando en persona de Cristo, como ministro de la gracia y de la Eucaristía, el sacerdote célibe «se une más íntimamente a la ofrenda, poniendo sobre el altar su vida entera, que lleva las señales del holocausto»<sup>20</sup>. En el segundo caso, se afirma que la vivencia gozosa de la virginidad es sólo posible para el sacerdote cuya vida se encuentra cimentada

---

<sup>19</sup> Cf. OT 10; PO 16.

<sup>20</sup> «Su especial empeño en la propia santificación encuentra, efectivamente, nuevos incentivos en el ministerio de la gracia y en el ministerio de la Eucaristía, en la que se encierra todo el bien de la Iglesia; actuando en persona de Cristo, el sacerdote se une más íntimamente a la ofrenda, poniendo sobre el altar su vida entera, que lleva las señales del holocausto»: SCae 29.

en los pilares de la verdadera piedad sacerdotal, entre los que se ha de contar la santísima eucaristía<sup>21</sup>.

El contenido de la Encíclica *Humanae vitae* es, ante todo, moral. Con ella el Papa completaba la enseñanza Conciliar sobre el Matrimonio y la Familia, tal como el mismo Vaticano II había solicitado<sup>22</sup>, en un punto sobre el que no pocos habían sembrado la confusión dentro mismo de la Iglesia: la regulación de la natalidad<sup>23</sup>. La enseñanza de Pablo VI, recogía en perfecta línea de continuidad<sup>24</sup>, las orientaciones y directrices del recién clausurado Concilio. Tras señalar la competencia del Magisterio en estas cuestiones (cf. HV 2-6) y formular los principios morales sobre la transmisión de la vida (cf. HV 7-18), la Encíclica concluye con unas directrices pastorales (cf. HV 19-31), formuladas en tono exhortativo, dentro de las cuales encontramos la mención de la Eucaristía. Así, el Papa, al exhortar a los esposos a vivir en fidelidad su vocación cristiana iniciada en el bautismo y concretada en el sacramento del matrimonio, les invita a acudir a la Eucaristía, «fuente de gracia y de caridad»<sup>25</sup>; y al dirigirse a los sacerdotes para pedirles que encuentren siempre en ellos los esposos «el eco de la voz y del amor del Redentor», les invita a que los preparen para que «acudan con frecuencia y con fe a los sacramentos de la Eucaristía y de la penitencia, sin que se dejen nunca desalentar por su debilidad»<sup>26</sup>. Estas tímidas referencias explicitan una temática ampliamente

---

<sup>21</sup> «La piedad sacerdotal, alimentada en la purísima fuente de la palabra de Dios y de la santísima eucaristía, vivida en el drama de la sagrada liturgia, animada de una tierna e iluminada devoción a la Virgen Madre del sumo y eterno Sacerdote y reina de los apóstoles, lo pondrá en contacto con las fuentes de una auténtica vida espiritual, única que da solidísimo fundamento a la observancia de la sagrada virginidad»: SCae 75.

<sup>22</sup> Cf. GS 51, n. 14.

<sup>23</sup> Cf. D. Tettamanzi, «*Humanae vitae*». *Commento all'enciclica sulla regolazione delle nascite*, Milano 1968; K. Wojtyła, «La verità dell'enciclica "Humanae vitae" di Paolo VI», en *L'Osservatore romano* (ed. it.: 5.1.1969); L. Ciccone, *Humanae vitae. Analisi e orientamenti pastorali*, Roma 1970; G. Cottier, *Regulación de la natalidad. Problemas sociológicos y morales*, Rialp, Madrid 1971; D. von Hildebrand, *La encíclica «Humanae vitae», signo de contradicción*, Fax, Madrid 1969; Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe (CEE), *Una Encíclica profética: la "Humanae vitae"*, Edice, Madrid 1993.

<sup>24</sup> Cf. A. Fernández Benito, *Contracepción del Vaticano II a la Humanae vitae*, Estudio Teológico San Ildefonso, Toledo 1994.

<sup>25</sup> «Afronten, pues, los esposos los necesarios esfuerzos, apoyados por la fe y por la esperanza, que no engaña, porque el amor de Dios ha sido difundido en nuestros corazones con el Espíritu Santo, que nos ha sido dado (cf. Rm 5, 5); invoquen con oración perseverante la ayuda divina; acudan, sobre todo, a la fuente de gracia y de caridad en la Eucaristía. Y si el pecado les sorprendiese todavía, no se desanimen, sino que recurran con humilde perseverancia a la misericordia de Dios, que se concede en el sacramento de la Penitencia. Podrán realizar así la plenitud de la vida conyugal...): HV 25.

<sup>26</sup> «Que en medio de sus dificultades encuentren siempre los cónyuges en las palabras y en el corazón del sacerdote el eco de la voz y del amor del Redentor. Hablad, además, con confianza, amados hijos, seguros de que el Espíritu de Dios, que asiste al Magisterio en el proponer la

desarrollada por el Concilio Vaticano II, tal como quedó acuñada en la formulación «el sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda la vida cristiana»<sup>27</sup>. La vida matrimonial y familiar encuentran también en la Eucaristía su fuente y su cima.

La Exhortación Apostólica *Gaudete in Domino*, se sitúa ya en otro contexto. Publicada a los diez años de la clausura del Concilio, deseaba infundir altas dosis de esperanza a quienes, no habiendo resistido los vientos de confusión provocados por quienes se empeñaron en dibujar un Concilio que nunca existió, se encontraban sumidos en la tristeza. El pesimismo no tiene nada que ver con el espíritu cristiano. Ante la situación de incertidumbre creada por ciertos «hijos inquietos», sombríos e hipercríticos (cf. GD 78-79)<sup>28</sup>, Pablo VI proclama «la alegría sobreabundante que es un don del Espíritu» (GD 4). El Papa contempla la alegría de Cristo (cf. GD 16-32), la alegría pascual que nace de su pasión y de su resurrección (cf. GD 36-39), siempre actual en la Eucaristía; contempla la alegría de la Virgen María y de los santos, la alegría que brota de la cruz, la alegría desbordante por el don del Espíritu Santo; contempla, en fin, el gozo de la Iglesia, que se alegra en la creación primera, en la Eucaristía presente y en la bienaventuranza eterna. La mención de la eucaristía se hace, pues, en dos momentos: i) al contemplar la alegría en el corazón de los santos; y, ii) en la conclusión, al exhortar a encontrar en el sacramento del altar la expresión máxima del amor de Dios al hombre, fuente de la alegría imperecedera. En el primer caso, el Papa afirma rotundamente que en la vida cristiana no hay alegría sin participación en la Eucaristía:

En la vida de los hijos de la Iglesia, esta participación en la alegría del Señor es inseparable de la celebración del misterio eucarístico, en donde comen y beben su Cuerpo y su Sangre. Así sustentados, como los caminantes, en el camino de la eternidad, reciben ya sacramentalmente las primicias de la alegría escatológica (GD 42).

«La alegría es el resultado de una comunión humano-divina cada vez más universal» (GD 43). Esta comunión, por voluntad del Señor, encuentra su expresión sacramental en la participación eucarística, alimento en el camino hacia la eternidad, primicia de la bienaventuranza eterna<sup>29</sup>. De ahí que la

---

doctrina, ilumina internamente los corazones de los fieles, invitándoles a prestar su asentimiento. Enseñad a los esposos el camino necesario de la oración, preparadlos a que acudan con frecuencia y con fe a los sacramentos de la Eucaristía y de la penitencia, sin que se dejen nunca desalentar por su debilidad»: HV 29.

<sup>27</sup> LG 11; cf. PO 5.

<sup>28</sup> La GD se cita según la numeración de la edición *El magisterio pontificio contemporáneo*, I, BAC, Madrid 1991, 848-864.

<sup>29</sup> Cf. J. Rico Pavés, «*Pignus futurae gloriae*. Eucaristía y Escatología, del Concilio Vaticano II al Catecismo de la Iglesia Católica», en *Toletana* 7 (2002) 101-159.

conclusión de toda la Exhortación apostólica sea una invitación a permanecer fieles a la celebración de la Eucaristía, participación en el banquete del amor<sup>30</sup>. Sin amor no hay alegría. La eucaristía es comunión en el Amor extremo de Dios a los hombres. Por eso, sin eucaristía no hay alegría.

### 3. El magisterio eucarístico de Juan Pablo II

La primera Encíclica de Juan Pablo II, *Redemptor hominis* (= Rh, 4.3.1979), constituye una carta programática de todo su pontificado. En ella encontramos, en sentido estricto, un programa pastoral y magisterial. Desde sus primeras líneas el santo Padre sitúa su ministerio en el horizonte del Gran Jubileo del año 2000, y recuerda el vínculo estrecho que existe entre el misterio de la Encarnación y el ministerio petrino (cf. Rh 1). La Iglesia que le toca ahora dirigir aparece, en opinión del Papa, más firme que en años anteriores, más resistente a las críticas recibidas después del Concilio<sup>31</sup>. Secudando la renovación conciliar, Juan Pablo II se pregunta hacia dónde debe encaminar sus esfuerzos para guiar a la Iglesia y responde dirigiendo su mirada a Cristo, Redentor del hombre<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> «Por eso nuestra última palabra de esta Exhortación es una llamada urgente a todos los responsables y animadores de las comunidades cristianas: que no teman insistir a tiempo y a destiempo sobre la fidelidad de los bautizados a la celebración gozosa de la Eucaristía dominical. ¿Cómo podrían abandonar este encuentro, este banquete que Cristo nos prepara con su amor? ¡Que la participación sea muy digna y festiva a la vez! Cristo, crucificado y glorificado viene en medio de sus discípulos para conducirlos juntos a la renovación de su Resurrección. Es la cumbre, aquí abajo, de la Alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación para la Fiesta eterna»: GD 77.

<sup>31</sup> «La Iglesia que -a través de Juan Pablo I- me ha sido confiada casi inmediatamente después de él, no está ciertamente exenta de dificultades y de tensiones internas. Pero al mismo tiempo se siente interiormente más inmunizada contra los excesos del autocrítico: se podría decir que es más crítica frente a las diversas críticas desconsideradas, que es más resistente respecto a las variadas "novedades", más madura en el espíritu de discernimiento, más idónea a extraer de su perenne tesoro *cosas nuevas y cosas viejas*, más centrada en el propio misterio y, gracias a todo esto, más disponible para la misión de la salvación de todos: *Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*»: Rh 4.

<sup>32</sup> «Si las vías por las que el Concilio de nuestro siglo ha encaminado a la Iglesia -vías indicadas en su primera Encíclica por el llorado Papa Pablo VI- permanecen por largo tiempo las vías que todos nosotros debemos seguir, a la vez, en esta nueva etapa podemos justamente preguntarnos: ¿Cómo? ¿De qué modo hay que proseguir? ¿Qué hay que hacer a fin de que este nuevo adviento de la Iglesia, próximo ya al final del segundo milenio, nos acerque a Aquel que la Sagrada Escritura llama: "Padre sempiterno", *Pater futuri saeculi*?. Esta es la pregunta fundamental que el nuevo Pontífice debe plantearse, cuando, en espíritu de obediencia de fe, acepta la llamada según el mandato de Cristo dirigido más de una vez a Pedro: *Apacienta mis corderos*, que quiere decir: Sé pastor de mi rebaño; y después: *...una vez convertido, confirma a tus hermanos*. Es precisamente aquí, carísimos Hermanos, Hijos e Hijas, donde se impone una respuesta fundamental y esencial, es decir, la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del

### 3.1. La Eucaristía en la Encíclica *Redemptor hominis*

Dentro de esta orientación cristológica fundamental<sup>33</sup>, se sitúan las primeras afirmaciones magisteriales del Papa en materia eucarística. Al tema de la eucaristía ha dedicado el número 20 de la Encíclica, que tiene como epígrafe «Eucaristía y Penitencia». El número está estructurado en siete puntos<sup>34</sup>. En este número se nos ofrece una pequeña síntesis de todo el misterio eucarístico, escrita “circularmente”: desde la afirmación de «su dimensión plena y su significado esencial» (Rh 20e), se ilumina el Misterio de Dios (cf. Rh 20a), la verdad del hombre (cf. Rh 20b), la naturaleza íntima de la Iglesia (cf. Rh 20cd; vínculo con el sacramento de la penitencia: 20f) y la vida del mundo futuro (cf. Rh 20g).

La Eucaristía en <i>Redemptor hominis</i> 20			
-----			
«dimensión plena y significado esencial» (20e)			
Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia			
(20a)	(20b)	(20c-d. f)	(20g)
Misterio de Dios - Verdad del hombre - Naturaleza de la Iglesia - Parusía, vida eterna			

Expuesto el contenido “linealmente”, el capítulo dedicado a la eucaristía enlaza con la temática global de la Encíclica y empieza afirmando que (20a) la Iglesia participa del misterio de la Redención, mediante la fidelidad a la palabra del Redentor y, principalmente, mediante la Eucaristía; la Eucaristía renueva continuamente el misterio de la Redención; misterio que nos introduce en la vida amorosa de las Personas divinas. La obra de la redención actualizada en la eucaristía nos hace partícipes de la vida divina «que el Padre tiene en sí y da a su Hijo», comunicándola a los hombres mediante «el don que es el Espíritu Santo». En este sacramento, en efecto, se renueva el misterio del sacrificio de Cristo al Padre sobre el altar de la cruz, sacrificio que el Padre aceptó realizando un “admirable intercambio”: el Padre cambia la entrega total de su Hijo con su entrega paternal, regalándole la vida nueva e inmortal de la resurrección. La vida nueva del Crucificado glorificado se convierte en signo

---

hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A Él nosotros queremos mirar, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro *Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna*»: Rh 7.

<sup>33</sup> Cf. D. Fernández González, *Cristocentrismo de Juan Pablo II. El “misterio del Verbo encarnado” (GS 22) en las Encíclicas Redemptor hominis (1979), Dives in misericordia (1980) y Dominum et vivificantem (1986)*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2003.

<sup>34</sup> Se sigue la división en párrafos de la edición *El magisterio pontificio contemporáneo*, I, BAC, Madrid 1991, 892-895.

eficaz del don del Espíritu Santo concedido a la humanidad. Así, por la participación en la celebración eucarística, actualización sacramental de la obra redentora, el cristiano “entra” en el Misterio de Dios Trinidad. La eucaristía se convierte así en «el centro y el vértice de toda la vida sacramental». La vida de la Iglesia y de cada cristiano encuentra en la eucaristía su fuente y su culmen («vértice y plenitud»).

En segundo lugar (20b), la Eucaristía se presenta como «el sacramento más perfecto de la unión» del hombre con Cristo; celebrando y participando en la Eucaristía nos unimos a Cristo terrestre y celestial que intercede por nosotros al Padre, uniéndonos siempre por el acto redentor de su sacrificio. Comprados al “precio” del sacrificio redentor de Cristo, la eucaristía revela “el valor que Dios mismo atribuye al hombre, demuestra nuestra dignidad en Cristo». La antropología cristiana resulta incomprensible al margen del misterio de la Redención que actualiza la Eucaristía. En la eucaristía el ser humano “aprende” el valor inmenso de su propia vida, reconoce la dimensión más profunda de su propia dignidad<sup>35</sup>.

En tercer lugar (20c) se expone la relación que existe entre Iglesia y Eucaristía, recordando que «es verdad esencial, no sólo doctrinal sino también existencial, que la Eucaristía construye la Iglesia, como auténtica comunidad del Pueblo de Dios». La Eucaristía construye y regenera la Iglesia a base del sacrificio de Cristo mismo. En este punto trae el Papa a colación dos citas del Concilio Vaticano II: LG 11 y SC 47. Con la primera se recuerda que la eucaristía es sacrificio de Cristo y *de la Iglesia*. En el altar, en efecto, los fieles se ofrecen juntamente con la Víctima divina. Con la segunda cita se recuerda que el memorial de la muerte y resurrección de Cristo ha sido confiado a la Iglesia Esposa en la última Cena. La Eucaristía, pues, construye la Iglesia, pues recibe del sacrificio redentor su eficacia.

El cuarto apartado (20d) completa la perspectiva eclesiológica cerrando el círculo Eucaristía-Iglesia: si antes se ha afirmado que la Eucaristía construye la Iglesia, ahora se afirma que la Iglesia vive de la Eucaristía. Tal es la certeza que ha animado a tantos hijos fieles de la Iglesia a lo largo de su historia. Por eso «el empeño esencial y, sobre todo, la gracia visible y fuente de la vida sobrenatural de la Iglesia como Pueblo de Dios es el perseverar y el avanzar constantemente en la vida eucarística, en la piedad eucarística, el desarrollo espiritual en el clima de la Eucaristía». No hay vida en la Iglesia al margen de la eucaristía.

---

<sup>35</sup> «La Eucaristía es el Sacramento en que se expresa más cabalmente nuestro nuevo ser, en el que Cristo mismo, incesantemente y siempre de una manera nueva, "certifica" en el Espíritu Santo a nuestro espíritu que cada uno de nosotros, como partícipes del misterio de la Redención, tiene acceso a los frutos de la filial reconciliación con Dios, que El mismo había realizado y siempre realiza entre nosotros mediante el ministerio de la Iglesia»: Rh 20b.

En el quinto apartado (20e) se formulan los aspectos doctrinales implicados en este misterio. No es lícito despojar a este sacramento de su dimensión plena y su significado esencial: es al mismo tiempo sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia. El Papa muestra la misma preocupación que el magisterio postconciliar había manifestado respecto a la necesidad de mantener íntegro y presentar en todas sus dimensiones el misterio de la eucaristía<sup>36</sup>. Con palabras enérgicas, afirma el Papa que no es lícito despojar a la eucaristía de su significado pleno y esencial<sup>37</sup>. Juan Pablo II señala así su preocupación por cierto reduccionismo que se percibe respecto a la eucaristía, tanto en el pensamiento, como en la enseñanza y en la celebración. Este reduccionismo se manifiesta cuando se pretende hacer de la celebración eucarística una mera ocasión para celebrar la fraternidad humana de los discípulos y confesores de Cristo. A modo de enunciado, el Papa invita a presentar el misterio eucarístico en todas sus dimensiones, como Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia. Lo original del Papa al enunciar la riqueza de la Eucaristía está en hacer de la dimensión sacramental el punto de encuentro de las otras dimensiones. La presentación del *sacramento* de la eucaristía conlleva necesariamente mostrar su carácter sacrificial, de comunión y de presencia. La *verdad* de la eucaristía puede ser expresada a partir de estas tres dimensiones. La «rigurosa observancia de las normas litúrgicas» encuentra aquí su justificación. Por encima de cualquier interpretación ritualista, la percepción del misterio eucarístico en su verdad profunda lleva necesariamente a la observancia litúrgica. Será siempre poco el empeño, especialmente de los pastores, en vigilar que «este sacramento de amor sea el centro de la vida del Pueblo de Dios... para que se procure devolver a Cristo “amor por amor”».

El sexto apartado (20f), muestra la unidad entre la Eucaristía y la Penitencia: Cristo que invita al banquete eucarístico, es siempre el mismo Cristo que exhorta a la penitencia; sin un constante y renovado esfuerzo por la conversión, la participación en la Eucaristía estaría despojada de su plena eficacia redentora, debilitando la disponibilidad para ofrecer a Dios el sacrificio espiritual, expresión de nuestra participación en el sacerdocio de Cristo.

---

<sup>36</sup> Cf. MF 4; EM 2; CPD 25.

<sup>37</sup> «El empeño esencial y, sobre todo, la gracia visible y fuente de la fuerza sobrenatural de la Iglesia como Pueblo de Dios, es el perseverar y el avanzar constantemente en la vida eucarística, en la piedad eucarística, el desarrollo espiritual en el clima de la Eucaristía. Con mayor razón, pues, no es lícito ni en el pensamiento ni en la vida ni en la acción, quitar a este Sacramento, verdaderamente santísimo, su dimensión plena y su significado esencial. Es al mismo tiempo Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia. Y aunque es verdad que la Eucaristía fue siempre y debe ser ahora la más profunda revelación y celebración de la fraternidad humana de los discípulos y confesores de Cristo, no puede ser tratada sólo como una "ocasión" para manifestar esta fraternidad»: Rh 20d.

El séptimo y último párrafo (20g) afirma que la Iglesia que se prepara continuamente a la nueva venida del Señor, debe ser la Iglesia de la Eucaristía y de la Penitencia. Ahí reside la vitalidad espiritual de la Iglesia que le impulsa a cumplir el mandato misionero.

Leída a veinticinco años de distancia, la primera encíclica de Juan Pablo II se percibe como un preciso programa magisterial. Su enseñanza eucarística encuentra en *Redemptor hominis* la formulación abreviada de una temática que se irá desplegando en los siguientes documentos pontificios. Los cuatro “momentos” (Misterio de Dios, Verdad del hombre, Naturaleza de la Iglesia y Escatología) desarrollados a partir de la verdad de la Eucaristía nos permiten exponer ordenadamente las referencias al misterio eucarístico que encontramos en los documentos pontificios hasta llegar a la última encíclica *Ecclesia de Eucharistia*.

### 3.2. Eucaristía y designio divino

La Eucaristía nos introduce en el Misterio de Dios. El «cuerpo entregado» y la «sangre derramada» nos hablan, ante todo, de un Amor que se ha hecho entrega, don: el Padre entrega al Hijo por amor a los hombres; el Hijo se entrega por amor al Padre y a los hombres; el Espíritu Santo es entregado por el Padre mediante el Hijo; el Espíritu Santo mueve a los fieles a unirse a la entrega de Cristo. Amor de donación, fuente de vida, distinción (dignidad) personal. Participar en la Eucaristía significa ser hechos partícipes de esta comunión de vida y amor divinos. De la mayor contemplación del misterio eucarístico, en toda su hondura y riqueza, se sigue también un mayor conocimiento del Misterio de Dios. La eucaristía es escuela viva de trato personal, donde aprendemos amor extremo; acción santa y sagrada, donde el Santo de Dios nos introduce en la vivencia del misterio divino.

Sacralidad de la Eucaristía, revelación del misterio trinitario y misión singular de la Virgen María en el designio salvífico de Dios, son aspectos que el papa Juan Pablo II ha tratado en referencia a la Eucaristía, en la Exhortación Apostólica *Dominicae Cena* (= DC), en las Encíclicas *Dives in misericordia* (= DIM) y *Dominum et Vivificantem* (= DEV), y en los documentos marianos *Redemptoris Mater* (= RM) y *Rosarium Virginis Mariae* (= RVM). El primero de los aspectos señalados en Rh 20a a propósito de la eucaristía es explicitado y desarrollado en esos textos, cuya enseñanza conviene presentar.

- a) La Eucaristía en la Exhortación Apostólica *Dominicae Cena* (24.2.1980)

Juan Pablo II considera este documento como una continuación de la carta que había dirigido el año anterior a los sacerdotes con motivo del Jueves

Santo. Tanto la forma literaria (carta), como las circunstancias (la celebración del Jueves Santo), como el tema (la Eucaristía), son los mismos. No obstante, hay diferencias notables, por cuanto abunda en la relación que existe entre Sacerdocio y Eucaristía<sup>38</sup>. No se trata de un documento doctrinal orgánico y completo, sino de una serie de consideraciones referentes al misterio eucarístico para estimular a los presbíteros a vivir lo que significa su ministerio.

La Carta está dividida en tres partes, precedidas por una breve introducción y cerradas con una conclusión. Las tres partes abordan los siguientes temas: i) el misterio eucarístico en la vida de la Iglesia y del sacerdote (nn. 2-7); ii) sacralidad de la eucaristía y sacrificio (nn. 8-9); iii) las dos mesas del Señor y el bien común de la Iglesia. La segunda parte es la que nos interesa en este momento.

La sacralidad de la Eucaristía se explica a partir de la dimensión *celebrativa*, litúrgica, de la misma, que queda caracterizada por las siguientes afirmaciones: i) aunque a lo largo de la historia la celebración de la Eucaristía ha sufrido cambios en sus elementos secundarios, sin embargo, siempre «ha permanecido inmutable la esencia del *Mysterium*, instituido por el Redentor del mundo durante la última cena»; ii) la sacralidad (el carácter de *Sacrum*) de la eucaristía reside en que es acción santa y sagrada, ya que «en ella está continuamente presente y actúa Cristo, *el Santo de Dios* (Lc 1, 34; Jn 6, 69; Hch 3, 14; Ap 3, 7), *ungido por el Espíritu Santo* (Hch 10, 38; Lc 4, 18), *consagrado por el Padre* (Jn 10, 36)»; iii) «el *Sacrum* de la misa es una sacralidad instituida por Cristo», no es, por tanto, una «sacralización», es decir, una añadidura del hombre a la acción de Cristo en el cenáculo; iv) el sacerdote ofrece el santo sacrificio *in persona Christi*, es decir, «en la identificación específica, sacramental, con el Sumo y Eterno Sacerdote», el único que podía y puede tener «fuerza propiciatoria ante Dios, ante la Trinidad, ante su trascendental santidad»; v) este *Sacrum* no puede ser instrumentalizado para otros fines, pues, si «el misterio eucarístico es desgajado de su propia naturaleza sacrificial y sacramental, deja simplemente de ser tal»; vi) la Iglesia tiene el deber particular de asegurar y corroborar el *Sacrum* de la eucaristía; vii) la sacralidad objetiva del misterio eucarístico es

---

<sup>38</sup> «La Carta presente que dirijo a vosotros, venerados y queridos Hermanos en el Episcopado, -y que, como he dicho, es en cierto modo una continuación de la precedente- está también en estrecha relación con el misterio del Jueves Santo y asimismo con el sacerdocio. En efecto, quiero dedicarla a la Eucaristía y, más en concreto, a algunos aspectos del misterio eucarístico y de su incidencia en la vida de quien es su ministro. Por ello los directos destinatarios de esta Carta sois vosotros, Obispos de la Iglesia; junto con vosotros, todos los Sacerdotes; y, según su orden, también los Diáconos»: DC 2. Se sigue la división en párrafos y numeración de la edición *El magisterio pontificio contemporáneo*, I, BAC, Madrid 1991, 299-316.

constitutiva de la fe del Pueblo de Dios, «que con ella se ha enriquecido y robustecido».

Se ha de notar la presencia de dos extensas citas en la exposición del último de los aspectos señalados<sup>39</sup>. En ambas se acude al rico patrimonio de las Iglesias orientales, tanto a su rico lenguaje para designar el carácter sacro de la eucaristía, como a sus ritos litúrgicos que inspiran el sentido de lo sagrado (el silencio, el estar de pie o de rodillas, las profesiones de fe, la incensación); ritos que reclaman además el concurso de los seres angélicos.

#### b) La Eucaristía en la Encíclica *Dives in misericordia* (30.11.1980)

La segunda encíclica de Juan Pablo II está concebida como complemento de la primera<sup>40</sup>. Con ella el Santo Padre desea «recordar el amor del Padre, revelado en toda la misión mesiánica de Cristo». El tema de la encíclica es la Misericordia de Dios, de la que tienen necesidad la Iglesia y el mundo; misericordia que expresa el Amor más fuerte que el pecado y que todo mal en que está envuelto el hombre y su existencia terrena<sup>41</sup>.

La referencia a la eucaristía aparece en el capítulo séptimo, el penúltimo, de la Encíclica, titulado “La misericordia de Dios en la misión de la Iglesia”. La misión de la Iglesia en el mundo tiene que ver directamente con la misericordia. La Iglesia, en efecto, vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia, y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador. Ahí se descubre la importancia de meditar continuamente la Palabra de Dios y, sobre todo, de participar en los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia.

La Eucaristía nos acerca siempre a aquel amor que es más fuerte que la muerte: en efecto, *cada vez que comemos de este pan o bebemos de este cáliz*, no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que además proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida en la gloria. El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre,

<sup>39</sup> Cf. DC 8, notas 44 y 45.

<sup>40</sup> «Esta segunda encíclica de Juan Pablo II constituye el complemento necesario de su primera encíclica *Redemptor hominis* (...). Para comprender el núcleo temático de la Encíclica hay que considerar sobre todo el lazo íntimo con la *Redemptor hominis*, de la cual es el segundo cuadro de un único díptico»: R. Tucci, Presentación de la Encíclica en la sala de prensa de la Santa Sede (2.12.1980), en *L'Osservatore Romano* (3.12.1980), 5. Para la presentación de esta Encíclica, cf. D. Fernández González, *Cristocentrismo de Juan Pablo II. El “misterio del Verbo encarnado” (GS 22) en las Encíclicas Redemptor hominis (1979), Dives in misericordia (1980) y Dominum et vivificantem (1986)*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2003, 115-152.

<sup>41</sup> «... he deseado mucho que con el primer domingo de adviento fuera unido el anuncio de la encíclica *Dives in misericordia*, cuyo principal objetivo es el de recordar el amor del Padre, revelado en toda la misión mesiánica de Cristo, comenzando desde la venida al mundo hasta el misterio pascual de su cruz y de la resurrección»: Juan Pablo II, *Angelus* (30.11.1980).

por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el amor inagotable, en virtud del cual desea siempre Él unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos (DIM 13).

La eucaristía nos hace participar del amor misericordioso de Dios, «amor más fuerte que la muerte», «amor inagotable». La eucaristía, memorial de la pascua del Señor, revela el amor del Padre y su voluntad salvífica. En la eucaristía, el Amor sale al encuentro de todos los corazones humanos. La eucaristía se descubre, pues, como misterio de amor, hontanar de misericordia, donde el corazón humano ama y es amado, con un amor sin medida.

c) La Eucaristía en la Encíclica *Dominum et Vivificantem* (18.5.1986)

La Encíclica *Dominum et Vivificantem*, quinta del Pontífice, completa la “trilogía trinitaria”. Con ella deseaba el papa «suscitar en los fieles una devoción cada vez más viva a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, a la que Cristo, antes de subir al cielo, encomendó la tarea de guiar a su Iglesia *hacia la verdad completa* (Jn 16, 13)»<sup>42</sup>.

La mención de la Eucaristía la encontramos en el número 62, dentro de la tercera parte de la encíclica, titulada “El Espíritu que da la vida”. En esta parte se continúa la descripción de la misión soteriológica del Espíritu Santo, de la que es beneficiario todo lo creado, particularmente el hombre. Todo el número está dedicado a la acción que el Espíritu Santo realiza a través de la Eucaristía. Se señalan en concreto las siguientes obras del Espíritu Santo mediante la Eucaristía: i) fortalece el hombre interior (cf. Ef 3, 16); ii) revela a las personas y las comunidades el sentido divino de la vida humana, es decir, el sentido por el que Cristo revela el hombre al hombre (cf. GS 22); iii) manifiesta y confirma a la Iglesia en su identidad, en cuanto, mediante la eucaristía se establece una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos en la verdad y en la caridad (cf. GS 24). La división entre los cristianos que impide la participación común en la eucaristía exige que el empeño de todos los creyentes en Cristo sea el de conformar su pensamiento y acción a la voluntad del Espíritu Santo:

Por consiguiente, todos los creyentes en Cristo, a ejemplo de los Apóstoles, deberán poner todo su empeño en conformar su pensamiento y acción a la voluntad del Espíritu Santo, “principio de unidad de la Iglesia”, para que todos los bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo, se encuentren unidos como hermanos en la celebración de la misma Eucaristía “sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad” (DEV 62).

---

<sup>42</sup> Juan Pablo II, *Regina coeli* (18.5.1986).

La eucaristía aparece así como ámbito privilegiado de la acción santificante del Espíritu Santo. Mediante el memorial de la Pascua del Señor, el Espíritu Santo actúa en el hombre desvelándole su vocación en Cristo y conduciéndole a su cumplimiento; y actúa en la Iglesia, como principio de unidad, estableciendo vínculos de caridad entre sus hijos semejantes a la unión de las Personas divinas, y como revelador que descubre a la Iglesia su propio misterio<sup>43</sup>.

d) La Eucaristía en la Encíclica *Redemptoris Mater* (25.3.1987)

Teniendo en el horizonte la proximidad de la celebración del segundo milenio del nacimiento de Cristo, el Papa quiso preparar con la Encíclica *Redemptoris Mater* el Año mariano que comenzaría el 7 de junio de 1987 (cf. RM 49). La encíclica sigue muy de cerca el capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*. De la misma forma que María «precede a la venida de Cristo» (RM 3), así también «precede constantemente a la Iglesia en este camino suyo a través de la historia de la humanidad» (RM 49). María es contemplada en el misterio de Cristo (Primera Parte), en el centro de la Iglesia peregrina (Segunda Parte) y en su mediación materna (Tercera Parte).

Las referencias a la eucaristía las encontramos en las partes segunda y tercera. En el número 32, de la segunda parte, se alude muy indirectamente, a las «alabanzas, que en cada celebración eucarística, se elevan a María», forjando la fe, la piedad y la devoción de los fieles. En la tercera parte, se afirma que el pueblo de Dios ha comprendido y vivido especialmente la protección materna de María en el sagrado banquete, en el que Cristo, «su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente»:

Esta maternidad suya ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado banquete -celebración litúrgica del misterio de la Redención-, en el cual Cristo, su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente. Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos,

---

<sup>43</sup> «La presencia eucarística de Cristo, su sacramental *estoy con vosotros*, permite a la Iglesia descubrir cada vez más profundamente su propio misterio, como atestigua toda la eclesiología del Concilio Vaticano II, para el cual “la Iglesia es en Cristo un sacramento, o sea signo o instrumento de la unión íntima con Dios y de unidad de todo el género humano” (LG 1). Como sacramento, la Iglesia se desarrolla desde el misterio pascual de la “partida” de Cristo, viviendo de su “venida” siempre nueva por obra del Espíritu Santo, dentro de la misma misión del Paráclito-Espíritu de la verdad. Este es precisamente el misterio esencial de la Iglesia como proclama el Concilio»: DEV 63.

incluso los juveniles; en la pastoral de los santuarios marianos. María guía a los fieles a la Eucaristía» (RM 44).

El «profundo vínculo» entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía se explicita en dos direcciones: i) el cuerpo de Cristo que se hace presente en el Altar es el verdadero cuerpo nacido de María Virgen; ii) María guía a los fieles a la Eucaristía. Así, la maternidad de María se extiende del Cuerpo de su Hijo, que se hace presente en la celebración eucarística, al Cuerpo de la Iglesia, a la que guía para que participe en la Eucaristía.

e) La Eucaristía en la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16.10.2002)

Quince años después, también como preparación a la celebración de un año mariano, el dedicado al Santo Rosario, el Papa escribe la Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (= RVM), en el que la relación entre la devoción a María y el culto a la eucaristía vuelve a ser subrayado. El Rosario es presentado como una «oración centrada en la cristología», con la que «el pueblo cristiano *aprende de María* a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor» (RVM 1). Con el deseo expreso de resaltar el carácter cristológico del Rosario el Papa sugiere incorporar los «misterios de luz», es decir, «los misterios de la vida pública de Cristo desde el Bautismo a la Pasión», pues es durante la vida pública «cuando el misterio de Cristo se manifiesta de manera especial como misterio de luz» (RVM 19).

Pues bien, el vínculo entre la devoción a María y el culto a la eucaristía, se presenta en el contexto de estos nuevos misterios que se nos invita a contemplar en el rezo del Rosario. En concreto, el quinto misterio de luz, tiene como título “Institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual”. El mismo Papa explica su significado:

... Misterio de luz es, por fin, la institución de la Eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad *hasta el extremo* (Jn 13, 1) y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio (RVM 21).

Si el Santo Rosario es una «oración marcadamente contemplativa» (RVM 12), mediante la que recordamos a Cristo con María (cf. RVM 13), comprendemos a Cristo desde María (cf. RVM 14), nos configuramos a Cristo con María (cf. RVM 15), rogamos a Cristo con María (cf. RVM 16) y anunciamos a Cristo con María (cf. RVM 17), entonces, la contemplación de la institución de la eucaristía tendrá que ser recuerdo, comprensión, configuración, ruego y anuncio de Cristo presente en el altar, hecho alimento con su Cuerpo y con su Sangre, testimonio de amor extremo, entregado en

sacrificio para la salvación de los hombres. El misterio de la Eucaristía encuentra con María y desde María el prisma adecuado para ser contemplado. Como en los demás misterios de luz, la presencia de María al contemplar la institución de la eucaristía queda «en el trasfondo», acompañando toda la misión de Cristo, dirigiendo a la Iglesia de todos los tiempos la invitación hecha en Caná de Galilea: *Haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5)<sup>44</sup>.

### 3.3. Eucaristía y verdad del hombre

En *Dominum et Vivificantem* hemos encontrado ya cómo el Papa vincula la Eucaristía, la acción del Espíritu Santo a través de ella, y el desvelamiento de la verdad del hombre en el misterio de Cristo. La Eucaristía, en efecto, concede al hombre el sentido divino –don del Espíritu Santo– que le hace descubrir en Cristo la revelación del misterio que es el hombre para sí mismo. En la eucaristía confesamos realmente presente a Cristo, el Verbo de Dios encarnado, el único que revela el hombre al hombre. La eucaristía, por tanto, revela al hombre la verdad de sí. En realidad, todos los demás aspectos del misterio de Dios, de la naturaleza de la Iglesia o de la Parusía están traspasados de una orientación antropológica. El *por vosotros* y *por todos los hombres* de la Eucaristía revela la magnitud infinita de la estima en que Dios tiene al hombre. El “valor” del hombre, su dignidad se descubren en la eucaristía.

Dos temáticas de fuerte contenido antropológico han sido desarrolladas por el Papa bajo la perspectiva eucarística: la relación que existe entre el sacramento de la eucaristía y de la penitencia, que revela a un tiempo la vocación divina del hombre y su condición pecadora; y el sentido salvífico del tiempo (santificación del tiempo, año santo y día del Señor).

#### a) La Eucaristía en la Exhortación Apostólica *Reconciliatio et Paenitentia* (2.12.1984)

La relación entre el sacramento de la Eucaristía y el sacramento de la Penitencia la hemos encontrado expuesta, después de *Redemptor hominis* (cf.

---

<sup>44</sup> «Excepto en el de Caná, en estos misterios *la presencia de María queda en el trasfondo*. Los Evangelios apenas insinúan su eventual presencia en algún que otro momento de la predicación de Jesús (cf. Mc 3, 31-35; Jn 2, 12) y nada dicen sobre su presencia en el Cenáculo en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, de algún modo, el cometido que desempeña en Caná acompaña toda la misión de Cristo. La revelación, que en el Bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: *Haced lo que él os diga* (Jn 2, 5). Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los “misterios de luz”»: RVM 21.

Rh 20), en la encíclica *Dives in misericordia* (cf. DIM 13). En el sacramento de la Penitencia o de la Reconciliación «cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado» (DIM 13). La Iglesia proclama y profesa la conversión consciente de que «no hay pecado humano que prevalezca por encima de esta fuerza [de la misericordia divina] y ni siquiera que la limite» (Ibidem). La conversión a Dios consiste en descubrir su misericordia, es decir, el amor paciente y benigno del que es Creador y Padre. «Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo “ven” así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues *in statu conversionis*; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra *in statu viatoris*». La condición peregrina de todo hombre encuentra su razón de ser en la misericordia divina. Es esta misericordia, revelada en Cristo crucificado y resucitado, la que nos acerca la eucaristía. Eucaristía y Penitencia revelan al hombre la grandeza de su vocación, en cuanto comunican la misericordia infinita de Dios, que nos llama a su comunión de vida sanando las heridas del pecado, dando orientación y sentido a nuestro caminar en esta vida. Cristo, que revela la misericordia del Padre y nos envía el Espíritu Santo, descubre *también así*, mediante su presencia redentora en la Eucaristía y en la Penitencia, el misterio del hombre al propio hombre (cf. GS 22).

El Papa ha vuelto sobre este tema de forma más detallada y extensa en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Reconciliatio et Paenitentia* (= ReP). La eucaristía renueva sacramentalmente la pasión y muerte de Cristo, y recibe de la liturgia el nombre de «sacrificio de reconciliación»: «reconciliación con Dios, y también con los hermanos, puesto que Jesús mismo nos enseña que la reconciliación fraterna ha de hacerse antes del sacrificio» (ReP 7).

«El drama del hombre de hoy -como el del hombre de todos los tiempos- consiste precisamente en su carácter babélico» (ReP 13). El misterio pascual de Cristo ha reconciliado al hombre con Dios y a los hombres entre sí. El *mysterium pietatis* (Cristo mismo) ha vencido al *mysterium iniquitatis* (pecado concreto del hombre). Del misterio pascual reciben su eficacia los sacramentos; en él se encuentran también el sacramento de la eucaristía y de la penitencia. La participación plena en el sacrificio de reconciliación exige la reconciliación sacramental previa.

La Iglesia, para cumplir su misión, promueve la penitencia y la reconciliación valiéndose de dos medios que el mismo Señor le ha confiado: la catequesis y los sacramentos (cf. ReP 24). Si la catequesis encuentra en los ritos de la eucaristía motivos para anunciar el evangelio de la reconciliación (cf. ReP 26), la misma celebración eucarística comporta por su mismo dinamismo este ministerio.

La definición que san Agustín da de la eucaristía como *sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis*, ilumina claramente los efectos de santificación personal (*pietas*) y de reconciliación comunitaria (*unitas* y *caritas*), que derivan de la esencia misma del misterio eucarístico, como renovación incruenta del sacrificio de la Cruz, fuente de salvación y de reconciliación para todos los hombres. Es necesario sin embargo recordar que la Iglesia, guiada por la fe en este augusto sacramento, enseña que ningún cristiano, consciente de pecado grave, puede recibir la eucaristía antes de haber obtenido el perdón de Dios. Como se lee en la Instrucción *Eucharisticum mysterium*, la cual, debidamente aprobada por Pablo VI, confirma plenamente la enseñanza del Concilio Tridentino: «La eucaristía sea propuesta a los fieles también “como antídoto, que nos libera de las culpas cotidianas y nos preserva de los pecados morales”, y les sea indicado el modo conveniente de servirse de las partes penitenciales de la liturgia de la Misa. “A quien desea comulgar debe recordársele... el precepto: *Examínesse, pues, el hombre a sí mismo* (1 Cor 11, 28). Y la costumbre de la Iglesia muestra que tal prueba es necesaria, para que nadie, consciente de estar en pecado mortal, aunque se considere arrepentido, se acerque a la santa Eucaristía sin hacer previamente la confesión sacramental”. Que, si se encuentra en caso de necesidad y no tiene manera de confesarse, debe antes hacer un acto de contrición perfecta» (ReP 27)

El papa reitera la doctrina de Trento, recordada en la Instrucción *Eucharisticum mysterium*, sobre la necesidad de la confesión sacramental en caso de pecado mortal<sup>45</sup>, previa a la comunión eucarística, al tiempo que invita a proponer la eucaristía en su dimensión sanante, como “antídoto que libera de las culpas cotidianas y preserva de los pecados mortales”. Ambos aspectos han de ser igualmente mantenidos para expresar la “verdad de la reconciliación” en su sinfonía. La realidad sacramental, teniendo en el misterio pascual de Cristo su única fuente, conoce por voluntad del Señor una economía diversificada en cada uno de los sacramentos, a los que corresponden gracias específicas.

#### b) La Eucaristía en la Carta Apostólica *Salvici doloris* 24 (11.2.1984)

La Carta Apostólica *Salvici doloris* (= SD) sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, nos introduce en el misterio del sufrimiento redentor de Cristo, a la luz del cual recobra sentido el dolor humano, realidad implacable de nuestra condición que se impone como *velo que cubre a todos los pueblos* (Is 25, 7). Al iluminar desde la revelación este punto de la antropología, el Papa ha mencionado de pasada el misterio eucarístico.

---

<sup>45</sup> Tal es también la enseñanza que ilumina la práctica pastoral en determinadas situaciones dolorosas: «Basándose en estos dos principios complementarios [la compasión y la misericordia, la verdad y la coherencia], la Iglesia desea invitar a sus hijos, que se encuentran en estas situaciones dolorosas [divorciados vueltos a casar, convivencia sin matrimonio, etc.], a acercarse a la misericordia divina por otros caminos, pero no por el de los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, hasta que no hayan alcanzado las disposiciones requeridas»: ReP 34.

El misterio del sufrimiento humano encuentra en el misterio pascual de Cristo su clave de revelación. Por su muerte y resurrección, Cristo ha comenzado a unirse con todo hombre en la comunidad de la Iglesia. Con su amor ha vencido el dolor del hombre, el sufrimiento del mundo. «El sufrimiento de Cristo ha creado el bien de la redención del mundo», redención que se actualiza sacramentalmente en la eucaristía, memorial de amor extremo.

En el misterio pascual Cristo ha dado comienzo a la unión con el hombre en la comunidad de la Iglesia. El misterio de la Iglesia se expresa en esto: que ya en el momento del Bautismo, que configura con Cristo, y después a través de su Sacrificio -sacramentalmente mediante la Eucaristía-, la Iglesia se edifica espiritualmente de modo continuo como cuerpo de Cristo. En este cuerpo Cristo quiere estar unido con todos los hombres, y de modo particular está unido a los que sufren (SD 24).

Participando en la vida de Cristo, gracias a la configuración con Él por el bautismo y a su entrega sacrificial en la Cruz, el hombre se convierte en partícipe de sus sufrimientos. La participación en la eucaristía abre al hombre la posibilidad sacramental de asociarse a los sufrimientos de Nuestro Señor para ser hecho partícipe de la gloria de su Resurrección. «Todo hombre ...está llamado a participar en ese sufrimiento [de Cristo] por medio del cual todo sufrimiento humano ha sido también redimido» (SD 19).

### c) La Eucaristía en la perspectiva del Jubileo del Año 2000

Desde su primera Encíclica el Santo Padre ha situado su ministerio en el horizonte del Gran Jubileo del 200, recordando el vínculo estrecho que existe entre el misterio de la Encarnación y el ministerio petrino<sup>46</sup>. En la perspectiva

---

<sup>46</sup> «El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia. A Él se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea. En efecto, este tiempo en el que, después del amado Predecesor Juan Pablo I, Dios me ha confiado por misterioso designio el servicio universal vinculado con la Cátedra de San Pedro en Roma, está ya muy cercano al año dos mil. Es difícil decir en estos momentos lo que ese año indicará en el cuadrante de la historia humana y cómo será para cada uno de los pueblos, naciones, países y continentes, por más que ya desde ahora se trate de prever algunos acontecimientos. Para la Iglesia, para el Pueblo de Dios que se ha extendido -aunque de manera desigual- hasta los más lejanos confines de la tierra, aquel año será el año de un gran Jubileo. Nos estamos acercando ya a tal fecha que -aun respetando todas las correcciones debidas a la exactitud cronológica- nos hará recordar y renovar de manera particular la conciencia de la verdad-clave de la fe, expresada por san Juan al principio de su evangelio: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1, 14), y en otro pasaje: *Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna* (Jn 3, 16)»: Rh 1

de la celebración del dos mil aniversario del nacimiento de Cristo<sup>47</sup>, el Papa nos ha dejado preciosas reflexiones sobre el misterio de la Encarnación y el sentido salvífico del tiempo<sup>48</sup>. La afirmación «Jesucristo, Redentor del hombre, es el centro del cosmos y de la historia» con la abrió la primera de sus encíclicas, anunciaba una rica temática cristológica dentro de la cual encontraremos también referencias eucarísticas.

Así en la Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente* (= TMA, 10.11.1994), en la que se invitaba a la celebración del Gran Jubileo del Año 2000, el Papa anunciaba el lugar destacado que debía corresponder a la Eucaristía en tan gran evento:

Siendo Cristo el único camino al Padre, para destacar su presencia viva y salvífica en la Iglesia y en el mundo, se celebrará en Roma, con ocasión del Gran Jubileo, el Congreso eucarístico internacional. El año 2000 será intensamente eucarístico: en el sacramento de la Eucaristía el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina (TMA 55).

El Jubileo, ante todo, debía ser la gran proclamación al mundo de Cristo, único camino al Padre, destacando su «presencia viva y salvífica en la Iglesia y en el mundo». De ahí el marcado acento eucarístico del año jubilar: Cristo, Señor del Cosmos y de la historia, está presente de modo singular en la Eucaristía, con una presencia que vivifica y salva. En la eucaristía, la eternidad de Dios impregna la Historia.

Aún sobre el fondo del Jubileo, el Papa ha desarrollado ampliamente la relación entre Cristo, la historia, el tiempo y la eucaristía en la Carta Apostólica *Dies Domini* (= DD, 31.5.1998), sobre la santificación del domingo. Tras presentar el Domingo cristiano como *Dies Domini*, celebración de la obra del Creador (cap. 1); como *Dies Christi*, día del Señor resucitado y del don del Espíritu (cap. 2); como *Dies ecclesiae*, día de la asamblea eucarística, centro del domingo (cap. 3); como *Dies homini*, día de alegría, descanso y solidaridad (cap. 4); el último capítulo (cap. 5) presenta el Domingo como *Dies dierum*, fiesta primordial reveladora del sentido del tiempo.

Este último capítulo ofrece los principios fundamentales de una *Teología cristiana del tiempo*. A partir de la presentación de Cristo como el Alfa y la

---

<sup>47</sup> Cf. RM 3; DEV 49.

<sup>48</sup> «En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la plenitud de los tiempos de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno»: TMA 10; cf. DD 74.

Omega del tiempo, el Papa recuerda cómo el domingo, al ser la Pascual semanal, en la que se recuerda y hace presente el día de la Resurrección, revela también el sentido del tiempo.

Brotando de la Resurrección, [el domingo] atraviesa los tiempos del hombre, los meses, los años, los siglos como una flecha recta que los penetra orientándolos hacia la segunda venida de Cristo. El domingo prefigura el día final, el de la Parusía, anticipada ya de alguna manera en el acontecimiento de la Resurrección (DD 75).

El *sentido* del tiempo, su orientación y, por tanto, su comprensión, nacen para el cristiano del domingo, en cuanto prefigura el día final, la Parusía. Todo lo que suceda hasta el fin del mundo no será sino expansión y explicitación de cuanto aconteció en el Cuerpo de Cristo Resucitado, por la acción del Espíritu Santo. «No sólo la Iglesia, sino el cosmos mismo y la historia están continuamente regidos y guiados por Cristo glorificado» (ibidem). Por eso, sabe el cristiano que éste es el último tiempo, fuera del cual no se ha de esperar la salvación. Pues bien, el «centro» de este día, el eje sobre el que gira el sentido y la orientación de la historia, es la celebración eucarística. Ella es, en efecto, memorial de la Pascua del Señor, actualización eficaz en el tiempo de su Muerte y Resurrección, prefiguración, por tanto, y pregustación de la Pascua eterna, de la venida del Señor en gloria al final de los tiempos. En la eucaristía el fin de la historia, su desenlace, se revela en Cristo -Cordero inmolado, Triunfador glorioso del pecado y de la muerte-, a la vez que se anticipa<sup>49</sup>. Siendo la eucaristía el corazón del domingo, es también en ella donde de forma insuperable se anuncia, gusta y vive el misterio de la Iglesia. La Iglesia, en efecto, modela y conforma su propia realidad a lo largo de la historia, viviendo de la Eucaristía<sup>50</sup>.

La misma perspectiva fue notada en la Bula *Incarnationis mysterium* (= IM, 29.11.1998), con la que se convocó al Jubileo del 2000. En ella se menciona en dos ocasiones la Eucaristía: i) en IM 9, donde al recordar la

---

<sup>49</sup> «Este es un día que constituye el centro mismo de la vida cristiana. Si desde el principio de mi pontificado no me ha cansado de repetir: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!”, en esta misma línea quisiera hoy invitar a todos con fuerza a descubrir de nuevo el domingo: ¡No tengáis miedo de dar vuestro tiempo a Cristo! Sí, abramos nuestro tiempo a Cristo para que él lo pueda iluminar y dirigir. Él es quien conoce el secreto del tiempo y el secreto de la eternidad, y nos entrega «su día» como un don siempre nuevo de su amor. El descubrimiento de este día es una gracia que se ha de pedir, no sólo para vivir en plenitud las exigencias propias de la fe, sino también para dar una respuesta concreta a los anhelos íntimos y auténticos de cada ser humano. El tiempo ofrecido a Cristo nunca es un tiempo perdido, sino más bien ganado para la humanización profunda de nuestras relaciones y de nuestra vida»: DD 7.

<sup>50</sup> Cf. DD 32-34; cf. infra.

gracia de la conversión y el perdón propios del Jubileo, el Papa recuerda el vínculo que existe entre perdón y eucaristía<sup>51</sup>; y, ii) en IM 11, donde se ilumina más concretamente la relación entre la Encarnación, la Historia (el tiempo) y la Eucaristía:

Que en este año jubilar nadie quiera excluirse del abrazo del Padre. Que nadie se comporte como el hermano mayor de la parábola evangélica que se niega a entrar en casa para hacer fiesta (cf. Lc 25, 25-30). Que la alegría del perdón sea más grande y profunda que cualquier resentimiento. Obrando así, la Esposa aparecerá ante los ojos del mundo con el esplendor de la belleza y santidad que proviene de la gracia del Señor. Desde hace dos mil años, la Iglesia es la cuna en la que María coloca a Jesús y lo entrega a la adoración y contemplación de todos los pueblos. Que por la humildad de la Esposa brille todavía más la gloria y la fuerza de la Eucaristía, que ella celebra y conserva en su seno. En el signo del Pan y del Vino consagrados, Jesucristo resucitado y glorificado, luz de las gentes (cf. Lc 2, 32), manifiesta la continuidad de su Encarnación. Permanece vivo y verdadero en medio de nosotros para alimentar a los creyentes con su Cuerpo y con su Sangre (IM 11).

La Eucaristía manifiesta la continuidad en la historia de la Encarnación. En ella, Cristo permanece vivo y verdadero en medio de los hombres. La Iglesia, en cuyo seno se conserva y celebra, ha de vivir en humildad para que así brille más la gloria y la fuerza de la Eucaristía.

Encontramos, finalmente, el desarrollo de esta perspectiva eucarística del tiempo y de la historia en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (= NMI, 6.1.2001), con la que el Papa recoge los frutos iniciales del Gran Jubileo del 2000 e introduce a la Iglesia en el Nuevo Milenio. La referencias a la Eucaristía recuperan las orientaciones y reflexiones que hemos encontrado en TMA<sup>52</sup> y en DD: insistencia en la celebración de la eucaristía, como centro de

---

<sup>51</sup> «Al confesar sus propios pecados, el creyente recibe verdaderamente el perdón y puede acercarse de nuevo a la Eucaristía, como signo de la comunión recuperada con el Padre y con su Iglesia»: IM 9.

<sup>52</sup> «Por consiguiente, hace falta poner el máximo empeño en la liturgia, “la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza”. En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en esta dirección, dando un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana. Desde hace dos mil años, el tiempo cristiano está marcado por la memoria de aquel “primer día después del sábado” (Mc 16, 2. 9; Lc 24, 1; Jn 20, 1), en el que Cristo resucitado llevó a los Apóstoles el don de la paz y del Espíritu (cf. Jn 20, 19-23). La verdad de la resurrección de Cristo es el dato originario sobre el que se apoya la fe cristiana (cf. 1 Co 15, 14), acontecimiento que es el centro del misterio del tiempo y que prefigura el último día, cuando Cristo vuelva glorioso. No sabemos qué acontecimientos nos reservará el milenio que está comenzando, pero tenemos la certeza de que éste permanecerá firmemente en las manos de

la vida cristiana, y en la santificación del domingo, como verdadera Pascua de la semana en el que se desvela el sentido de la historia, y como día de la Iglesia<sup>53</sup>.

### 3.4. Eucaristía y vida de la Iglesia

Si hay una dimensión de la Eucaristía por encima de las demás que haya sido desarrollada por el papa Juan Pablo II a lo largo de su pontificado, ésta es, sin duda, la relación con el misterio de la Iglesia. Secundando la orientación fundamental del Concilio Vaticano II al presentar la Eucaristía en la vida de la Iglesia, el Santo Padre ofrece un riquísimo patrimonio magisterial en el que se perfila cómo la Eucaristía vivifica a la Iglesia. La Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* es el desenlace natural de un magisterio en el que se ha privilegiado, al exponer el misterio de la Eucaristía, su estrecha vinculación con el misterio de la Iglesia. Antes, pues, de presentar el contenido de esta Encíclica conviene describir, aunque sólo sea testimonialmente, la dimensión eclesiológica del magisterio eucarístico de Juan Pablo II. Para hacerlo, atenderemos a tres frentes: i) la eucaristía y los estados de vida del cristiano; ii) la eucaristía y la misión de la Iglesia; y, iii) la eucaristía y el ecumenismo.

#### a) La eucaristía y los estados de vida del cristiano

Que la vida de la Iglesia brota de la Eucaristía es una realidad ampliamente atestiguada, no sólo por la palabra magisterial del Papa, sino por el ejercicio mismo de su ministerio. No hay realidad eclesial que no haya sido iluminada en el magisterio pontificio desde el misterio eucarístico. La vocación de cada

---

Cristo, el “Rey de reyes y Señor de los señores” (Ap 19, 16), y precisamente celebrando su Pascua, no sólo una vez al año, sino cada domingo, la Iglesia seguirá indicando a cada generación “lo que constituye el eje central de la historia, con el cual se relacionan el misterio del principio y del destino final del mundo”»: NMI 35.

<sup>53</sup> «Por tanto, quisiera insistir, en la línea de la Exhortación *Dies Domini*, para que la participación en la Eucaristía sea para cada bautizado el centro del domingo: un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. Estamos entrando en un milenio que se presenta caracterizado por un profundo entramado de culturas y religiones, incluso en países de antigua cristianización. En muchas regiones los cristianos son o se están convirtiendo en un “pequeño rebaño” (Lc 12, 32). Esto los pone ante el reto de testimoniar con mayor fuerza, a menudo en condiciones de soledad y dificultad, los aspectos específicos de su propia identidad. El deber de la participación eucarística cada domingo es uno de esos aspectos. La Eucaristía dominical, al congregarse semanalmente a los cristianos como familia de Dios entorno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión se anuncia y se cultiva constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad» NMI 36.

cristiano en la vida de la Iglesia encuentra en la eucaristía su fuente y su cima. Así descubre cuando se repasa el magisterio del Papa sobre el sacerdocio, la vida consagrada o la condición de los fieles cristianos laicos.

### *a1) Eucaristía y Sacerdocio*

Al tema de la relación entre la Eucaristía y el Sacerdocio el Santo Padre ha dedicado las *Cartas del Jueves Santo*, la Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores dabo vobis* (=PDV, 25.3.1992), sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, y más recientemente la también Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores gregis* (= PG, 16.10.2003).

En la primera *Carta a los Sacerdotes*, que escribió el Papa a los pocos meses de iniciado su pontificado (18.4.1979), Juan Pablo II quiso ofrecer una pequeña síntesis de la teología y espiritualidad del sacerdote, señalando algunos puntos «que me parecen de extrema importancia en este momento de la historia de la Iglesia y del mundo»<sup>54</sup>. En particular, el Papa considera necesario exponer la tradicional doctrina de la Iglesia sobre la distinción y relación entre el sacerdocio ministerial o jerárquico y el sacerdocio común de todo fiel cristiano, saliendo al paso de posturas secularizantes que identifican ligeramente la actividad pastoral con cualquier empeño mundano o que minusvaloran el celibato sacerdotal. El Papa consideró entonces urgente, en su primera Carta a los sacerdotes, invitarlos a la conversión y al fortalecimiento de la vida interior, mediante la oración y la formación permanente; invitó a demás a pedir al Señor vocaciones para que no se hallen en la Iglesia templos sin sacerdotes que no puedan celebrar la Eucaristía<sup>55</sup>. La Carta de 1980 fue sustituida por la Exhortación Apostólica *Dominicae Coenae* (24.2.1980), ya comentada a propósito del sentido del *Sacrum*. En realidad, el tema central de toda la Exhortación es la relación entre sacerdocio y eucaristía. El ministerio sacerdotal nace con la Eucaristía, en la Eucaristía y para la Eucaristía, fuente de toda la vida cristiana. De ahí la responsabilidad sacerdotal hacia la Iglesia, pues ella nace también de la Eucaristía, en la que se hace presente el sacrificio redentor de Cristo mediante la acción sacerdotal del ministro, que actúa en persona de Cristo (cf. DC 2-7). Las *Cartas* siguientes volverán una y otra vez sobre esta relación, a partir de la cual el Papa, año tras año, ha elevado su acción de gracias a Dios por el don admirable del sacerdocio<sup>56</sup>, por el don

<sup>54</sup> Juan Pablo II, *Carta a los Sacerdotes 1979*, 2.

<sup>55</sup> *Ibidem* 10.

<sup>56</sup> *¡Lauda Sion, Salvatorem, lauda duces et pastores, in hymnis et canticis!* En verdad es grande el misterio del cual hemos sido hechos ministros. Misterio de un amor sin límites, ya que *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* (Jn 13, 1); misterio de unidad, que se derrama sobre de nosotros desde la fuente de la vida trinitaria, para hacernos «uno» en el don del Espíritu (cf. Jn 17); misterio de la divina *diaconía*, que lleva al

supremo de la eucaristía<sup>57</sup>. «La Eucaristía y el Orden son frutos del mismo Espíritu: “Al igual que en la Santa Misa el Espíritu Santo es el autor de la transustanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, así en el sacramento del Orden es el artífice de la consagración sacerdotal o episcopal”<sup>58</sup>. La «hora» de la redención sigue siendo salvífica en la Iglesia gracias al don del Sacerdocio y de la Eucaristía:

Por medio de la Eucaristía, esta «hora» de la redención de Cristo sigue siendo salvífica en la Iglesia y precisamente hoy la Iglesia recuerda su institución durante la última Cena... ¡Qué grande es este día, el día de la última Cena! Somos ministros del misterio de la redención del mundo, ministros del Cuerpo que ha sido ofrecido y de la Sangre que ha sido derramada para el perdón de nuestros pecados. Ministros de aquel sacrificio por medio del cual él, el único, entró de una vez para siempre en el santuario: *ofreciéndose a sí mismo sin tacha a Dios, purifica de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo* (cf. Hb 9, 14). Si todos los días de nuestra vida están marcados por este gran misterio de la fe, el de hoy lo está de modo particular. Este es nuestro día con él (*Carta a los Sacerdotes 1993*, 1).

La entera realidad se hace presente mediante el ministerio eucarístico del sacerdote. El sacerdote, en efecto, participa en el misterio del Verbo, que en la Eucaristía restituye al Padre todo lo creado. El mundo entero se transforma en la Pascua de Cristo, de modo que el ministerio eucarístico del sacerdote, por su configuración con el Sacerdote eterno, le abre a todas las intenciones del mundo, para hacerlas partícipes de la redención.

---

Verbo hecho carne a lavar los «pies» de su criatura, indicando así en el servicio la clave maestra de toda relación auténtica entre los hombres: *os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros* (Jn 13, 15). Nosotros hemos sido hechos, de modo especial, testigos y ministros de este gran misterio»: *Carta a los Sacerdotes 2001*, 1. «¡Qué vocación tan maravillosa la nuestra, mis queridos Hermanos sacerdotes! Verdaderamente podemos repetir con el Salmista: *¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre* (Sal 116, 12-13)»: *Carta a los Sacerdotes 2002*, 1.

<sup>57</sup> «... para nosotros presbíteros, el Sacerdocio constituye el don supremo, una particular llamada para participar en el misterio de Cristo, que nos confiere la inefable posibilidad de hablar y actuar en su nombre. Cada vez que celebramos la Eucaristía, esta posibilidad se hace realidad. Obramos *in persona Christi* cuando, en el momento de la consagración, pronunciamos las palabras: *Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía*. Precisamente hacemos esto: con gran humildad y profunda gratitud. Este acto sublime, y al mismo tiempo sencillo, de nuestra misión cotidiana de sacerdotes extiende, se podría decir, nuestra humanidad hasta los últimos confines»: *Carta a los Sacerdotes 1994*, 1.

<sup>58</sup> Juan Pablo II, *Don y Misterio*, 59: *Carta a los Sacerdotes 1998*, 2.

Participamos en el misterio del Verbo *Primogénito de toda la creación* (Col 1, 15), que en la Eucaristía restituye al Padre todo lo creado, el mundo del pasado y el del futuro y, ante todo, el mundo contemporáneo, en el cual Él vive junto a nosotros, está presente por nuestra mediación y, precisamente por nuestra mediación, ofrece al Padre el sacrificio redentor. Participamos en el misterio de Cristo, *el Primogénito de entre los muertos* (Col 1, 18), que en su Pascua transforma incesantemente el mundo haciéndolo progresar hacia *la revelación de los hijos de Dios* (Rm 8, 19). Así pues, la entera realidad, en cualquiera de sus ámbitos, se hace presente en nuestro ministerio eucarístico, que se abre contemporáneamente a toda exigencia personal concreta, a todo sufrimiento, esperanza, alegría o tristeza, según las intenciones que los fieles presentan para la Santa Misa. Nosotros recibimos estas intenciones con espíritu de caridad, introduciendo así todo problema humano en la dimensión de la redención universal (*Carta a los Sacerdotes 1994, 1*).

La Eucaristía es presentada por el Papa a los sacerdotes como el «tesoro más grande de la Iglesia», en el que se encierra, no sólo la razón de ser del sacerdote -su "verdad"-, sino también la verdad misma de la Iglesia.

En este día nos encontramos en torno a la Eucaristía, el tesoro más grande de la Iglesia, como recuerda el Concilio Vaticano II<sup>59</sup>. Cuando en la liturgia del Jueves Santo hacemos memoria de la institución de la Eucaristía, está muy claro para nosotros lo que Cristo nos ha dejado en tan sublime Sacramento. *Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* (Jn 13, 1). Esta expresión de san Juan encierra, en un cierto sentido, toda la verdad sobre la Eucaristía: verdad que constituye contemporáneamente el corazón de la verdad sobre la Iglesia. En efecto, es como si la Iglesia naciera cotidianamente de la Eucaristía celebrada en muchos lugares de la tierra, en condiciones tan variadas, entre culturas tan diversas, como para hacer de esta manera que el renovarse del misterio eucarístico casi se convierta en una "creación" diaria. Gracias a la celebración de la Eucaristía cada vez madura más la conciencia evangélica del pueblo de Dios, ya sea en las naciones de secular tradición cristiana, ya sea en los pueblos que han entrado, desde hace poco, en la dimensión nueva que, siempre y en todas partes, es conferida a la cultura de los hombres por el misterio de la encarnación del Verbo, de su muerte en cruz y de su resurrección (*Carta a los Sacerdotes 1994, 1*).

Tesoro inagotable es la Eucaristía para el sacerdote y para toda la Iglesia, donde se descubre también la presencia de la Madre, que ha dado la vida al Hijo de Dios para que se ofreciera en sacrificio<sup>60</sup>. Tesoro inagotable cuya

---

<sup>59</sup> Cf. SC 10.

<sup>60</sup> «... pensando en el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre que, in persona Christi, es ofrecido por nosotros, nos es difícil no entrever en este Sacrificio la presencia de la Madre. María dio la vida al Hijo de Dios, así como han hecho con nosotros nuestras madres, para que El se ofreciera y nosotros también nos ofreciésemos en sacrificio junto con El mediante el ministerio sacerdotal. Detrás de esta misión está la vocación recibida de Dios, pero se esconde también el gran amor

eficacia supera incluso el ámbito de la asamblea visible, alcanzado siempre a la Iglesia, a toda la Iglesia<sup>61</sup>.

Idénticas consideraciones encontramos en la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, expuestas ahora de forma orgánica y sistemática. Tres aspectos se pueden añadir a los ya dichos. En primer lugar, la afirmación neta de la eucaristía como expresión plena y alimento supremo de la caridad pastoral. En la eucaristía se hace presente de nuevo el sacrificio de la cruz, don total de Cristo a su Iglesia. De ahí que la caridad del Buen Pastor con la que el sacerdote ama a la Iglesia brote de la eucaristía y en ella encuentre su más alta expresión.

La caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del orden, encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía: «Esta caridad pastoral -dice el Concilio- fluye ciertamente, sobre todo, del sacrificio eucarístico, que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial»<sup>62</sup>. En efecto, en la Eucaristía es donde se representa, es decir, se hace de nuevo presente el sacrificio de la cruz, el don total de Cristo a su Iglesia, el don de su cuerpo entregado y de su sangre derramada, como testimonio supremo de su ser cabeza y pastor, siervo y esposo de la Iglesia. Precisamente por esto la caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de la Eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera «sacrificial» toda su existencia (PDV 23).

En segundo lugar, la consideración de la eucaristía como el centro de la vida espiritual del sacerdote, pues en ella se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia. Uniéndose a Cristo en el altar el sacerdote es invitado y guiado a ofrecer su propia vida, sus trabajos y todas sus cosas<sup>63</sup>. Los sacerdotes, por su condición de ministros de las cosas sagradas, son sobre todo ministros del

---

de nuestras madres, de la misma manera que tras el sacrificio de Cristo en el Cenáculo se ocultaba el inefable amor de su Madre. ¡De qué manera tan real, y al mismo tiempo discreta, está presente la maternidad y, gracias a ella, la femineidad en el sacramento del Orden, cuya fiesta renovamos cada año el Jueves Santo!»: *Carta a los Sacerdotes 1995*, 1.

<sup>61</sup> «En la Eucaristía el sacerdote se acerca personalmente al misterio inagotable de Cristo y de su oración al Padre. El sacerdote puede sumergirse diariamente en este misterio de redención y de gracia celebrando la santa Misa, que conserva sentido y valor incluso cuando, por una justa causa, se celebra sin la participación del pueblo, pero siempre y en todo caso por el pueblo y por el mundo entero»: *Carta a los Sacerdotes 1999*, 6.

<sup>62</sup> PO 14.

<sup>63</sup> «También para el sacerdote el lugar verdaderamente central, tanto de su ministerio como de su vida espiritual, es la Eucaristía, porque en ella “se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo, que mediante su carne, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da la vida a los hombres. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con él mismo” (PO 5)»: PDV 26.

sacrificio de la misa; «su papel es totalmente insustituible, porque sin sacerdote no puede haber sacrificio eucarístico. Esto explica la importancia esencial de la Eucaristía para la vida y el ministerio sacerdotal y, por tanto, para la formación espiritual de los candidatos al sacerdocio»<sup>64</sup>. El corazón de la formación sacerdotal encuentra en la eucaristía su fuente y su culmen. Los candidatos al sacerdocio, mediante la participación diaria en la celebración eucarística, «se formarán en las íntimas disposiciones que la Eucaristía promueve»<sup>65</sup>.

En tercer lugar, la afirmación de la eucaristía como cima de la oración cristiana y la consiguiente necesidad para el candidato a las Sagradas Órdenes de ser formado en una oración eucarística, como eje de toda su vida, de ahí la necesaria educación litúrgica para la plena inserción vital en el misterio pascual de Cristo<sup>66</sup>.

La Exhortación Postsinodal *Pastoris gregis*, ha vuelto sobre la centralidad del misterio eucarístico en la vida del pastor. Encontramos dos referencias que ratifican las afirmaciones precedentes. Primera, «así como el misterio pascual es el centro de la vida y misión del Buen Pastor, la Eucaristía es también el centro de la vida y misión del Obispo, como la de todo sacerdote»<sup>67</sup>; lo cual se manifiesta tanto en la celebración cotidiana de la Santa Misa como en la adoración ante el Sagrario a lo largo del día durante «largos ratos». Segunda, el obispo es ministro de la santificación del cristiano, a través de la liturgia, especialmente de la celebración eucarística<sup>68</sup>; de ahí que en el centro de su *munus sanctificandi* se encuentre la eucaristía, presidiendo la cual el obispo contribuye a la edificación de la Iglesia, misterio de comunión y misión<sup>69</sup>.

## a2) Eucaristía y Vida consagrada

En la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* (= VC, ), la eucaristía es presentada como «corazón de la vida eclesial y también de la vida consagrada»<sup>70</sup>. El medio fundamental para alimentar la comunión con el Señor, de la cual la persona consagrada está llamada a dar testimonio profético en este mundo, es la sagrada Liturgia, especialmente la celebración eucarística

---

<sup>64</sup> PDV 48.

<sup>65</sup> Ibidem.

<sup>66</sup> «El culmen de la oración cristiana es la Eucaristía, que a su vez es «la cumbre y la fuente» de los sacramentos y de la liturgia de las horas. Para la formación espiritual de todo cristiano, y en especial de todo sacerdote, es muy necesaria la educación litúrgica, en el sentido pleno de una inserción vital en el misterio pascual de Jesucristo, muerto y resucitado, presente y operante en los sacramentos de la Iglesia»: PDV 48.

<sup>67</sup> PG 16.

<sup>68</sup> Cf. PG 32.

<sup>69</sup> Cf. PG 37.

<sup>70</sup> VC 95.

y la Liturgia de las Horas. Que la eucaristía sea el centro de la vida consagrada significa: i) que es viático cotidiano y fuente de espiritualidad de todo Instituto; ii) que en ella se invita al consagrado a vivir el misterio pascual de Cristo, haciendo de la propia vida una ofrenda con Cristo al Padre mediante el don del Espíritu Santo; iii) que en la adoración eucarística se reproduce la experiencia de Pedro en la Transfiguración; iv) que en la eucaristía se afianza e incrementa la unidad y caridad de los consagrados.

Por su naturaleza la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto. En ella cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a El en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu. La asidua y prolongada adoración de la Eucaristía permite revivir la experiencia de Pedro en la Transfiguración: «Bueno es estarnos aquí». En la celebración del misterio del Cuerpo y Sangre del Señor se afianza e incrementa la unidad y la caridad de quienes han consagrado su existencia a Dios (VC 95).

Hasta tal punto la eucaristía conforma la vida consagrada que se puede resumir el carisma fundacional de una gran santa como Clara de Asís en estas palabras: «una vida hecha eucaristía»<sup>71</sup>.

### *a3) Eucaristía y fieles cristianos laicos*

No faltan tampoco los textos en los que se presenta la eucaristía como el centro de la vida de todo cristiano, también del fiel laico. En la Exhortación Apostólica Postsinodal *Christi fideles laici* (= CFL, 30.12.1988), sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, Juan Pablo II ha recordado el carácter peculiar de la vocación de los laicos, trayendo de nuevo a la memoria las palabras del Concilio Vaticano II que llamaba «laicos» a los «fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el Bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde» (LG 31). La iniciación cristiana ha configurado al cristiano con su Señor, dotándolo de una vocación específica en la Iglesia y en el mundo. La incorporación a Cristo por el bautismo, desarrollada por el sacramento de la confirmación, encuentra en la eucaristía su sustento<sup>72</sup>. Todo fiel laico, por haber sido configurado a Cristo,

<sup>71</sup> Cf. Juan Pablo II, *Una vida hecha eucaristía*. Carta a las clarisas en el VIII centenario del nacimiento de Santa Clara de Asís (11.8.1993).

<sup>72</sup> «La participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey tiene su raíz primera en la unción del Bautismo, su desarrollo en la Confirmación, y su cumplimiento y dinámica sustentación en la Eucaristía»: CFL 14.

Sacerdote, Profeta y Rey, puede, en efecto, hacer de toda su vida -todo cuanto hace y padece- un sacrificio agradable a Dios. En la eucaristía se unen a Cristo en la ofrenda al Padre por el Espíritu.

Incorporados a Jesucristo, los bautizados están unidos a Él y a su sacrificio en el ofrecimiento de sí mismos y de todas sus actividades (cf. Rm 12, 1-2). Dice el Concilio hablando de los fieles laicos: «Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 P 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor. De este modo también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo mismo»<sup>73</sup> (CFL 14).

La vocación universal a la santidad encuentra también en la configuración sacramental a Cristo su fundamento, de modo que no puede haber compromiso de santidad en el cristiano sin participación eucarística<sup>74</sup>. La eucaristía construye así la vida del cristiano como miembro vivo de la Iglesia. Compete al obispo la responsabilidad de formar a los fieles laicos «mediante el anuncio de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, la animación y guía de su vida cristiana» (CFL 61). En torno a la eucaristía se descubre también la identidad y vocación propia de la parroquia, llamada a ser «comunidad eucarística».

En definitiva, la parroquia está fundada sobre una realidad teológica, porque ella es una comunidad eucarística. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentran la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia (CFL 26).

La Iglesia, viviendo así de la eucaristía, ha sido capacitada para santificar a sus hijos hasta hacer de ellos un *pueblo santo*. La familia, en cuanto iglesia doméstica, el matrimonio, en cuanto fundamento de la familia, y la vocación y misión específicas de todos cuanto conforman esta realidad (esposos, padres, hermanos, hijos, niños<sup>75</sup>, jóvenes<sup>76</sup> o ancianos<sup>77</sup>) encuentran en la eucaristía la

---

<sup>73</sup> LG 34.

<sup>74</sup> «La vocación a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo y pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía. Revestidos de Jesucristo y saciados por su Espíritu, los cristianos son *santos*, y por eso quedan capacitados y comprometidos a manifestar la santidad de su ser en la santidad de todo su obrar. El apóstol Pablo no se cansa de amonestar a todos los cristianos para que vivan *como conviene a los santos* (Ef 5, 3)»: CFL 16.

<sup>75</sup> Cf. Juan Pablo II, *Carta a los niños* (13.12.1994): «Jesús se da a sí mismo».

<sup>76</sup> Cf. Juan Pablo II, *Carta a los jóvenes* (31.3.1985), 9.

fuente para su santificación, la meta de su compromiso en la Iglesia y en el mundo.

La eucaristía es, en efecto, la expresión máxima del deber de santificación de la familia cristiana<sup>78</sup> y la fuente misma del matrimonio. La eucaristía, en cuanto actualización sacramental del amor sponsal de Cristo a su Iglesia llevado al extremo del sacrificio de la cruz, es por ello el manantial que vivifica desde dentro la alianza conyugal<sup>79</sup>. En el don eucarístico de la caridad encuentra la familia cristiana el fundamento y el alma de su comunión y de su misión<sup>80</sup>.

La difícil situación que afecta a numerosas familias cristianas en nuestro tiempo, lleva al papa a proclamar con valentía el «evangelio de la familia»: la primacía de la gracia, la fortaleza que se funda en Cristo operante en su Iglesia mediante los sacramentos, singularmente mediante el sacramento de la eucaristía.

¡No tengáis miedo de los riesgos! ¡La fuerza divina es mucho más potente que vuestras dificultades! Inmensamente más grande que el mal, que actúa en el mundo, es la eficacia del sacramento de la reconciliación, llamado acertadamente por los Padres de la Iglesia «segundo bautismo». Mucho más impacto que la corrupción presente en el mundo tiene la energía divina del sacramento de la confirmación, que hace madurar el bautismo. Incomparablemente más grande es, sobre todo, la fuerza de la Eucaristía (CF 18).

---

<sup>77</sup> Cf. Juan Pablo II, *Carta a los ancianos* (1.10.1999), 17.

<sup>78</sup> «El deber de santificación de la familia cristiana tiene su primera raíz en el bautismo y su expresión máxima en la Eucaristía, a la que está íntimamente unido el matrimonio cristiano. El Concilio Vaticano II ha querido poner de relieve la especial relación existente entre la Eucaristía y el matrimonio, pidiendo que habitualmente éste se celebre “dentro de la Misa” (SC 78). Volver a encontrar y profundizar tal relación es del todo necesario, si se quiere comprender y vivir con mayor intensidad la gracia y las responsabilidades del matrimonio y de la familia cristiana»: Exhortación Apostólica *Familiaris consortio* (= FC, 22.11.1981) 57.

<sup>79</sup> «Coronamiento litúrgico del rito matrimonial es la Eucaristía -sacrificio del «cuerpo entregado» y de la «sangre derramada»-, que en el consentimiento de los esposos encuentra, de alguna manera, su expresión»: *Carta a las familias* (= CF, 2.2.1994), 11.

<sup>80</sup> «La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia, en cuanto sellada con la sangre de la cruz (cf. Jn 19, 34). Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal. En cuanto representación del sacrificio de amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad. Y en el don eucarístico de la caridad la familia cristiana halla el fundamento y el alma de su “comunión” y de su “misión”, ya que el Pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo, revelación y participación de la más amplia unidad de la Iglesia; además, la participación en el Cuerpo “entregado” y en la Sangre “derramada” de Cristo se hace fuente inagotable del dinamismo misionero y apostólico de la familia cristiana»: FC 57.

En la eucaristía encuentra la familia cristiana su hábitat vital y su fuerza educadora. Cristo, presente entre los hombres como el Emmanuel, se deja reconocer «en la fracción del pan», llama a la puerta de las familias para que les dejen entrar «y comer juntos» (cf. Ap 3, 20), se entrega a toda familia como fuente de vida y amor<sup>81</sup>.

#### b) La eucaristía y la misión de la Iglesia

Si todo el bien espiritual de la Iglesia se encuentra contenido en la Eucaristía, no debe extrañar que la misión de la Iglesia, en su integridad, brote de ella y tienda hacia ella. El compromiso de santificación de las realidades temporales, vocación específica del laico en el mundo y en la Iglesia, encuentra, como hemos visto, su fuente en la eucaristía. Lo mismo sucede cuando hablamos de la misión evangelizadora de la Iglesia (misión *ad gentes* y catequesis) y cuando hablamos de la transformación de la sociedad en todas sus estructuras para hacerla converger hacia Cristo. Por eso, cuando el papa se ha ocupado con su magisterio en iluminar la misión evangelizadora de la Iglesia y su compromiso social, se ha referido también al “lugar” que corresponde en estas tareas a la eucaristía.

##### *b1) Eucaristía y misión evangelizadora de la Iglesia*

En la Encíclica *Redemptoris missio* (= RM, 7.12.1990), sobre la permanente validez del mandato misionero, Juan Pablo II alude a la Eucaristía en cinco ocasiones: i) al señalar entre los objetivos centrales de la misión el «reunir al pueblo para la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la

---

<sup>81</sup> «La Eucaristía es un sacramento verdaderamente admirable. En él se ha quedado Cristo mismo como alimento y bebida, como fuente de poder salvífico para nosotros. Nos lo ha dejado para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia (cf. Jn 10, 10): la vida que tiene él y que nos ha transmitido con el don del Espíritu, resucitando al tercer día después de la muerte. Es efectivamente para nosotros la vida que procede de él. ¡Es también para vosotros, queridos esposos, padres y familias! ¿No instituyó él la Eucaristía en un contexto familiar, durante la última cena? Cuando os reunís para comer y estáis unidos entre vosotros, Cristo está cerca. Y todavía más, él es el Emmanuel, Dios con nosotros, cuando os acercáis a la mesa eucarística. Puede suceder que, como en Emaús, se le reconozca solamente en la «fracción del pan» (cf. Lc 24, 35). A veces también él está durante mucho tiempo ante la puerta y llama, esperando que la puerta se abra para poder entrar y cenar con nosotros (cf. Ap 3, 20). Su última cena y sus palabras pronunciadas entonces conservan toda la fuerza y la sabiduría del sacrificio de la cruz. No existe otra fuerza ni otra sabiduría por medio de las cuales podamos salvarnos y podamos contribuir a salvar a los demás. No hay otra fuerza ni otra sabiduría mediante las cuales vosotros, padres, podáis educar a vuestros hijos y también a vosotros mismos. La fuerza educativa de la Eucaristía se ha consolidado a través de las generaciones y de los siglos»: CF 18.

oración y la Eucaristía»<sup>82</sup>; ii) al indicar los elementos que conforman la identidad cristiana de una comunidad, entre los que se encuentra el sacramento eucarístico<sup>83</sup>; iii) al señalar cómo todos los sacerdotes deben «tener corazón y mentalidad misioneros», de modo que especialmente en la celebración eucarística sientan la solicitud de la Iglesia por toda la humanidad<sup>84</sup>; iv) al recordar la necesidad de la eucaristía, y, por tanto, del ministerio sacerdotal, para que se pueda fundar una iglesia<sup>85</sup>; y v) al iluminar el sentido de la Jornada misionera, como ocasión para aprender de la eucaristía cómo hay que dar y darse<sup>86</sup>. Tres referencias señalan la eucaristía como meta de la misión evangelizadora de la Iglesia: el Espíritu santo mueve a todos los fieles a anunciar el evangelio para «hacer comunidad, hacer Iglesia»<sup>87</sup>, la cual no se da sin la eucaristía. Las otras dos la presentan, bajo algún aspecto particular (identidad misionera del sacerdote y sentido del dar), como fuente de la misión.

La acción catequizadora de la Iglesia se sitúa dentro de la misma tarea evangelizadora. Por ello, el papa recuerda en la Exhortación Apostólica *Catechesi Tradendae* (= CT, 16.10.1979), el estrecho vínculo que siempre ha existido en la Iglesia entre catequesis y sacramentos, singularmente la eucaristía, pues es en ella «donde Jesucristo actúa en plenitud para la

---

<sup>82</sup> «El Espíritu mueve al grupo de los creyentes a «hacer comunidad», a ser Iglesia. Tras el primer anuncio de Pedro, el día de Pentecostés, y las conversiones que se dieron a continuación, se forma la primera comunidad (cf. Hch 2, 42-47; 4, 32-35). En efecto, uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo para la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y la Eucaristía. Vivir «la comunión fraterna» (koinonía) significa tener «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32), instaurando una comunión bajo todos los aspectos: humano, espiritual y material»: RM 26.

<sup>83</sup> «En efecto, toda comunidad, para ser cristiana, debe formarse y vivir en Cristo, en la escucha de la Palabra de Dios, en la oración centrada en la Eucaristía, en la comunión expresada en la unión de corazones y espíritus, así como en el compartir según las necesidades de los miembros (cf. Hch 2, 42-47). Cada comunidad -recordaba Pablo VI- debe vivir unida a la Iglesia particular y universal, en sincera comunión con los pastores y el Magisterio, comprometida en la irradiación misionera y evitando toda forma de cerrazón y de instrumentalización ideológica»: RM 51.

<sup>84</sup> «Todos los sacerdotes deben de tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera»: RM 67.

<sup>85</sup> «La misión es de todo el pueblo de Dios: aunque la fundación de una nueva Iglesia requiere la Eucaristía y, consiguientemente, el ministerio sacerdotal, sin embargo la misión, que se desarrolla de diversas formas, es tarea de todos los fieles»: RM 71.

<sup>86</sup> «La Jornada misionera mundial, orientada a sensibilizar sobre el problema misionero, así como a recoger donativos, es una cita importante en la vida de la Iglesia, porque enseña cómo se ha de dar: en la celebración eucarística, esto es, como ofrenda a Dios, y para todas las misiones del mundo»: RM 81.

<sup>87</sup> Cf. RM 26.

transformación de los hombres»<sup>88</sup>. Este vínculo se refleja incluso en la pedagogía catequética, que encuentra «su fuente y su plenitud en la eucaristía dentro del horizonte completo del año litúrgico». Ahí se advierte, además, la importancia de la predicación y de la homilía centrada en los textos bíblicos, a partir de la cual los fieles se familiarizan con los misterios de la fe y con las normas de la vida cristiana<sup>89</sup>. Se explica así por qué el mismo misterio eucarístico forma parte de los contenidos que han de ser expuestos en la catequesis para que conserve su integridad<sup>90</sup>.

### *b2) Eucaristía y compromiso social*

El compromiso evangelizador en favor de la humanidad no lleva a la Iglesia a desentenderse del progreso social. La responsabilidad por la transformación de las realidades temporales y por reconducirlas a Cristo lleva a los fieles a trabajar en este mundo para hacer la vida de los hombres «más humana»<sup>91</sup>. Así lo ha recordado Juan Pablo II en su magisterio social, especialmente en la Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* (= SRS, 30.12.1987), en la que no falta una muy iluminadora referencia a la Eucaristía.

El Reino de Dios se hace, pues, presente ahora, sobre todo en la celebración del Sacramento de la Eucaristía, que es el Sacrificio del Señor. En esta celebración los frutos de la tierra y del trabajo humano -el pan y el vino- son transformados misteriosa, aunque real y substancialmente, por obra del Espíritu Santo y de las palabras del ministro, en el Cuerpo y Sangre del Señor Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María, por el cual el Reino del Padre se ha hecho presente en medio de nosotros. Los bienes de este mundo y la obra de nuestras manos -el pan y el vino- sirven para la venida del Reino definitivo, ya que el Señor, mediante su Espíritu, los asume en sí mismo para ofrecerse al Padre y ofrecernos a nosotros con él en la renovación de su único sacrificio, que anticipa el Reino de Dios y anuncia su venida final. Así el Señor, mediante la Eucaristía, sacramento y sacrificio, nos une consigo y nos une entre nosotros con el vínculo más perfecto que toda unión natural; y unidos nos envía al mundo entero para dar testimonio, con la fe y con las obras, del amor de Dios, preparando la venida de su Reino y anticipándolo en las

---

<sup>88</sup> CT 23.

<sup>89</sup> Cf. CT 48.

<sup>90</sup> Cf. CT 30.

<sup>91</sup> «La Iglesia sabe bien que ninguna realización temporal se identifica con el Reino de Dios, pero que todas ellas no hacen más que reflejar y en cierto modo anticipar la gloria de ese Reino, que esperamos al final de la historia, cuando el Señor vuelva. Pero la espera no podrá ser nunca una excusa para desentenderse de los hombres en su situación personal concreta y en su vida social, nacional e internacional, en la medida en que ésta -sobre todo ahora- condiciona a aquélla. Aunque imperfecto y provisional, nada de lo que se puede y debe realizar mediante el esfuerzo solidario de todos y la gracia divina en un momento dado de la historia, para hacer "más humana" la vida de los hombres, se habrá perdido ni habrá sido vano»: SRS 48.

sombras del tiempo presente. Quienes participamos de la Eucaristía estamos llamados a descubrir, mediante este Sacramento, el sentido profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz; y a recibir de él las energías para empeñarnos en ello cada vez más generosamente, a ejemplo de Cristo que en este Sacramento da la vida por sus amigos (cf. Jn 15, 13). Como la de Cristo y en cuanto unida a ella, nuestra entrega personal no será inútil sino ciertamente fecunda (SRS 48).

Cuatro aspectos destaca el papa a propósito de la transformación de este mundo en relación con la eucaristía: i) el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo humano, son transformados en el Cuerpo y la Sangre del Señor; ii) los bienes de este mundo, asumidos por Cristo para ofrecerse al Padre y ofrecernos a nosotros mismos con Él, sirven para la venida del Reino definitivo; iii) mediante la eucaristía, sacramento y sacrificio, Jesucristo nos une consigo y a todos entre sí, enviándonos para testimonio del amor del Padre, preparando la venida de su Reino y anticipándolo; y iv) estamos llamados mediante el sacramento de la eucaristía a descubrir el sentido profundo de nuestra acción en el mundo en favor del desarrollo y de la paz.

Se ha de advertir en esta exposición la dimensión escatológica del misterio eucarístico, subrayada en una doble dirección: en primer lugar, la eucaristía transforma los bienes de este mundo (el fruto de la tierra y del trabajo) desvelando su meta última: hacer presente al mismo Cristo; en segundo lugar, la eucaristía prepara el Reino definitivo, anticipándolo, lo cual lleva al cristiano, no a desentenderse de este mundo, sino todo lo contrario, a entregarse a la transformación de todas las cosas en Cristo, orientación última del desarrollo humano.

### c) La eucaristía y el ecumenismo

Finalmente, al presentar de forma desglosada la vida eclesial que brota de la eucaristía y a ella tiende, el papa Juan Pablo II ha recogido el impulso ecuménico del Concilio Vaticano II y ha señalado, también ahí, qué lugar corresponde a la eucaristía. Encontramos referencias abundantes a este tema en la Carta Apostólica *Oriente Lumen* (= OL, 2.5.1995) y en la Encíclica *Ut unum sint* (= UUS, 25.5.1995).

La Carta Apostólica *Oriente Lumen* aborda la eucaristía en una doble perspectiva. Primero, cuando describe la visión oriental del cristiano y recuerda la importancia de la Liturgia en la configuración de su espiritualidad. Mediante la liturgia, especialmente mediante la eucaristía, el cristiano participa en la vida trinitaria y va siendo divinizado<sup>92</sup>. En esa descripción el papa

---

<sup>92</sup> «La participación en la vida trinitaria se realiza a través de la liturgia y, de modo especial, la Eucaristía, misterio de comunión con el cuerpo glorificado de Cristo, semilla de inmortalidad.

concede un lugar preferente al fenómeno del monacato, en cuanto revelador del sentido de la vida. La vida de todo hombre se halla suspendida entre dos cimas: la Palabra de Dios y Eucaristía, tal como ilumina la experiencia del monje. Si la primera cima revela que la vida del hombre es siempre respuesta a la llamada personal de Dios, la segunda manifiesta la naturaleza de la Iglesia y la pertenencia del hombre y de la creación entera a la Jerusalén celeste.

El cristiano se halla inmerso en el estupor de esta paradoja, última de una serie infinita, que el lenguaje de la liturgia exalta con reconocimiento: el Inmenso se hace límite; una Virgen da a luz; por la muerte, Aquel que es la vida derrota para siempre la muerte; en lo alto de los cielos un Cuerpo humano está sentado a la derecha del Padre. En el culmen de esta experiencia orante está la Eucaristía, la otra cumbre indisolublemente vinculada a la Palabra, en cuanto lugar en el que la Palabra se hace Carne y Sangre, experiencia celestial donde se hace nuevamente evento. En la Eucaristía se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de Aquel que es oferente y oferta: esos convocados, al participar en los Sagrados Misterios, llegan a ser «consanguíneos» de Cristo, anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad. Pero la Eucaristía es también lo que anticipa la pertenencia de hombres y cosas a la Jerusalén celestial. Así revela de forma plena su naturaleza escatológica: como signo vivo de esa espera, el monje prosigue y lleva a plenitud en la liturgia la invocación de la Iglesia, la Esposa que suplica la vuelta del Esposo en un «marana tha» repetido continuamente no sólo con palabras, sino también con toda la vida (OL 10)<sup>93</sup>.

El sentido último de los bienes creados se descubre en la celebración eucarística. La liturgia revela «la potencialidad eucarística del mundo creado»: la creación entera está llamada a ser asumida en la eucaristía<sup>94</sup>.

La segunda perspectiva desde la que el papa aborda la eucaristía es la estrictamente ecuménica. La experiencia de la división hace sufrir al papa: «sentimos con dolor el hecho de no poder aún participar en la misma Eucaristía» (OL 28). La celebración eucarística, sacramento de comunión, llama a la unidad. La situación actual de división y la consiguiente exclusión mutua de la eucaristía manifiesta la indignidad humana al tiempo que exige

---

En la divinización y sobre todo en los sacramentos la teología oriental atribuye un papel muy particular al Espíritu Santo: por el poder del Espíritu que habita en el hombre la deificación comienza ya en la tierra, la criatura es transfigurada y se inaugura el Reino de Dios»: OL 6.

<sup>93</sup> Cf. también OL 18.

<sup>94</sup> «A quien busca una relación de auténtico significado consigo mismo y con el cosmos, tan a menudo aún desfigurado por el egoísmo y la avidez, la liturgia le revela el camino hacia el equilibrio del hombre nuevo y le invita a respetar la potencialidad eucarística del mundo creado: está destinado a ser asumido en la Eucaristía del Señor, en su Pascua presente en el sacrificio del altar»: OL 11.

todos los esfuerzos posibles para volver a reunirse en torno a un único altar. Sólo desde la unidad de la Iglesia la eucaristía puede ser percibida en la plenitud de su significado<sup>95</sup>.

La Encíclica *Ut unum sint* sitúa la eucaristía en el horizonte de la reflexión sobre la naturaleza de la Iglesia y de los elementos de santificación y de verdad «que, de diversos modos, se encuentran y actúan fuera de los límites visibles de la Iglesia católica» (UUS 12). Entre esos elementos, en el caso de las Iglesias ortodoxas, se encuentra la celebración de la eucaristía, por la cual «se edifica y crece la Iglesia de Dios» (ibidem)<sup>96</sup>. El mismo horizonte eclesiológico es el que debe tenerse en cuenta a la hora de participar en los sacramentos, sobre todo, en la eucaristía<sup>97</sup>. El camino hacia la unidad implica simultáneamente un doble movimiento: oración y profundización (conocimiento) en la doctrina.

La oración ecuménica se describe como un volver al cenáculo el Jueves Santo para reunirse y superar los obstáculos que ahora mantienen divididos a los cristianos, hasta que se puedan congregarse en la única celebración de la eucaristía<sup>98</sup>. La eucaristía está en la meta del empeño ecuménico, tanto con los ortodoxos<sup>99</sup>, como con las comunidades cristianas nacidas de la Reforma<sup>100</sup>. Pretender que la eucaristía sea el medio para lograr la unidad, en el sentido de realizar “concelebraciones” entre cristianos que aún permanecen separados, significa ignorar tanto la naturaleza de la Iglesia como la verdad sobre el misterio eucarístico.

El ardiente deseo de celebrar juntos la única eucaristía del Señor debe animar el compromiso por restaurar la unidad de los cristianos<sup>101</sup>. El fin último del ecumenismo es el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los bautizados, condición necesaria para poder concelebrar en concordia la sagrada eucaristía.

---

<sup>95</sup> «Cada vez que celebramos la Eucaristía, sacramento de la comunión, encontramos en el Cuerpo y en la Sangre, que compartimos, el sacramento y la llamada a nuestra unidad. ¿Cómo podremos ser plenamente creíbles si nos presentamos divididos ante la Eucaristía, si no somos capaces de vivir la participación en el mismo Señor que debemos anunciar al mundo? Frente a la recíproca exclusión de la Eucaristía sentimos nuestra pobreza y la exigencia de realizar todos los esfuerzos posibles para que llegue el día en que compartamos el mismo pan y el mismo cáliz. Entonces, la Eucaristía volverá a ser plenamente percibida como profecía del Reino y resonarán de nuevo con plena verdad estas palabras tomadas de una antiquísima plegaria eucarística: «Como este pan partido estaba esparcido por las colinas y, reunido, llegó a ser una sola cosa, así tu Iglesia se congregue desde los confines de la tierra en tu reino»: OL 19; cf. también OL 20.

<sup>96</sup> Cf. también UUS 50.

<sup>97</sup> Cf. UUS 58.

<sup>98</sup> Cf. UUS 23.

<sup>99</sup> «Esta comunión basada en la unidad de fe, en continuidad con la experiencia y la tradición de la Iglesia antigua, encontrará su plena expresión en la concelebración de la Eucaristía»: UUS 59.

<sup>100</sup> Cf. UUS 72.

<sup>101</sup> Cf. UUS 45-46.

Podemos ahora preguntarnos cuánto camino nos separa todavía del feliz día en que se alcance la plena unidad en la fe y podamos concelebrar en concordia la sagrada Eucaristía del Señor. El mejor conocimiento recíproco que ya se da entre nosotros, las convergencias doctrinales alcanzadas, que han tenido como consecuencia un crecimiento afectivo y efectivo de la comunión, no son suficientes para la conciencia de los cristianos que profesan la Iglesia una, santa, católica y apostólica. El fin último del movimiento ecuménico es el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los bautizados (UUS 77).

La profundización en la doctrina implica, además, del creciente conocimiento mutuo, abordar con rigor los puntos en los que existen divergencias. Tal es el trabajo que vienen realizando las numerosas comisiones mixtas internacionales de diálogo<sup>102</sup>. Entre esos puntos no podrá faltar la profundización entre la Sagrada Escritura y la Tradición, la Eucaristía en la plenitud de su significado<sup>103</sup>, el sacramento del Orden, el magisterio de la Iglesia, la Virgen María<sup>104</sup> y el primado de Pedro, que encuentra su “justificación” también en clave eucarística<sup>105</sup>.

### 3.5. *Ecclesia de Eucharistia* (17.4.2003)

Después de la exposición precedente, es fácil presentar la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* como la coronación de un dilatado magisterio eucarístico que ha recorrido de forma ininterrumpida los veinticinco primeros años del pontificado de Juan Pablo II. La sola atención a los documentos de mayor relevancia magisterial ha puesto de relieve cómo la enseñanza sobre el magisterio eucarístico ha estado presente desde las primerísimas intervenciones del papa. Los documentos presentados no agotan las referencias magisteriales al tema de la eucaristía, pues también se encuentran con abundancia en muchas otras intervenciones: homilías, discursos en viajes apostólicos, catequesis de los miércoles, etc. La encíclica recoge ese rico patrimonio y lo presenta unitariamente, articulando la exposición sobre la

---

<sup>102</sup> Cf. UUS 78.

<sup>103</sup> «... la Eucaristía, sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo, ofrenda de alabanza al Padre, memorial sacrificial y presencia real de Cristo, efusión santificadora del Espíritu Santo»: UUS 79.

<sup>104</sup> Cf. UUS 79.

<sup>105</sup> «La Iglesia católica, tanto en su praxis como en sus documentos oficiales, sostiene que la comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia de Roma, y de sus obispos con el Obispo de Roma, es un requisito esencial -en el designio de Dios- para la comunión plena y visible. En efecto, es necesario que la plena comunión, que encuentra en la Eucaristía su suprema manifestación sacramental, tenga su expresión visible en un ministerio en el cual todos los obispos se sientan unidos en Cristo y todos los fieles encuentren la confirmación de la propia fe»: UUS 97.

Eucaristía bajo la perspectiva eclesiológica, tal como reza en el subtítulo: “sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia”.

a) Motivos de la Encíclica

¿Por qué ha escrito el Papa una encíclica sobre el misterio eucarístico? El mismo Juan Pablo II nos ha dado la respuesta en dos momentos: i) al anunciar el documento el día antes de su publicación; y ii) en la misma encíclica.

En la Audiencia General del 16 de abril de 2003, en el curso de las catequesis de los miércoles, el Papa anunció la publicación de la encíclica eucarística señalando dos objetivos: subrayar la importancia del sacramento de la eucaristía y ofrecer una reflexión orgánica sobre el mismo.

Precisamente para subrayar la importancia de este sacramento, he querido escribir la carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, que tendré la alegría de firmar durante la misa *in Cena Domini*. Con este texto deseo entregar a todo creyente una reflexión orgánica sobre el sacrificio eucarístico, que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia.

Además, en la misma Encíclica ofrece dos motivaciones que revelan la preocupación del pastor: i) suscitar el «asombro eucarístico» y ii) despejar sombras de doctrinas y prácticas no aceptables. La exposición sobre la eucaristía se sitúa ahora en continuidad con las intervenciones que recogen la orientación dada a toda la Iglesia, a modo de programa, al inicio del Tercer Milenio.

Con la presente Carta encíclica, deseo suscitar este “asombro” eucarístico, en continuidad con la herencia jubilar que he querido dejar a la Iglesia con la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* y con su coronamiento mariano *Rosarium Virginis Mariae*. (...) Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el “programa” que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización” (EDE 6).

“... confío en que esta Carta encíclica contribuya eficazmente a disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables, para que la Eucaristía siga resplandeciendo con todo el esplendor de su misterio” (EDE 10).

El fin de la encíclica es, por tanto, ofrecer una reflexión orgánica sobre la Eucaristía que: i) suscite el «asombro eucarístico» (contemplación); y, ii) disipe sombras de doctrinas. Juan Pablo II ha regalado una encíclica para la contemplación. Un texto, pues, para ser meditado en el recogimiento de la oración, capaz de despertar el asombro ante tan grande misterio. Un texto, además, para iluminar y despejar opiniones y prácticas que empobrecen la riqueza de la eucaristía.

## b) Estructura y contenido de la encíclica

*Ecclesia de Eucharistia* es un escrito relativamente breve (62 números y 78 páginas en la versión distribuida por el Vaticano) pero denso en sus aspectos teológicos, disciplinares y pastorales. La encíclica está compuesta por seis capítulos, más una introducción y una conclusión. Se complementa además con 104 notas al pie de página, en su mayoría del Concilio Vaticano II y de los Santos Padres.

El Papa reconoce que con esta Carta encíclica reanuda el hilo de las primeras consideraciones que hizo entorno al misterio eucarístico en el inicio de su ministerio apostólico en la Cátedra de Pedro con la encíclica *Redemptor hominis*. En continuidad con el magisterio anterior, se ofrece ahora una exposición orgánica, sistemática. El principio que articulará la presentación dotándola de carácter orgánico será el eclesiológico: la verdad de la eucaristía se ilumina a partir de la verdad de la Iglesia y viceversa. Así, la relación entre la eucaristía y la iglesia es la que se va desarrollar en la encíclica justificando su estructura interna.

El capítulo primero titulado “Misterio de la fe” (nn.11-20) presenta la Eucaristía en la integridad de su Misterio, señalando los aspectos que concurren en este sacramento y que nunca pueden ser ignorados: la eucaristía es sacrificio, presencia, y banquete (comunió). Este capítulo viene a ser un abreviado catecismo eucarístico. Partiendo de la institución de la eucaristía la noche *en que fue entregado* (1 Cor 11, 23), el papa subraya la historicidad de este acontecimiento y su inserción en la pasión y muerte del Señor. La eucaristía es el don por excelencia que Cristo ha hecho a su Iglesia, porque es don de sí mismo y de su obra de salvación. Se afirma la dimensión sacrificial de la eucaristía en los términos ya consagrados en el Concilio de Trento, en los pontífices precedentes (Pío XII y Pablo VI), en el Concilio Vaticano II y en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la eucaristía son un único sacrificio; la Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade ni lo multiplica, lo que se repite es su celebración memorial, por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo; la eucaristía es sacrificio en sentido propio y no sólo genérico; es también sacrificio de la Iglesia, memorial de la Pascua; presencia verdadera, real y sustancial de Cristo; verdadero banquete, participando en el cual Cristo comunica su Espíritu; tensión hacia la meta, prenda de la gloria futura.

Los capítulos segundo al quinto desarrollan más detalladamente la relación de la eucaristía con la Iglesia. Cuatro aspectos son tratados a este respecto en cada uno de los capítulos: la eucaristía edifica la Iglesia (cap. 2), apostolicidad de la eucaristía y de la Iglesia (cap. 3), eucaristía y comunió eclesial (cap. 4),

y decoro de la celebración eucarística (cap. 5). La celebración eucarística es el «centro del proceso de crecimiento de la Iglesia» (EDE 21). Existe un «influjo causal de la eucaristía» en los orígenes mismos de la Iglesia. Los apóstoles, aceptando la invitación de Jesús en el Cenáculo, entraron por primera vez en comunión sacramental con Él. Desde ese momento y hasta el fin de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios entregado por nosotros. Al unirse a Cristo, el pueblo de la nueva alianza se convierte en “sacramento” para la humanidad<sup>106</sup>, es decir, en signo e instrumento de salvación. De esa forma, la eucaristía, construyendo la Iglesia, crea precisamente por ello comunidad entre los hombres; realidad que se cumple también mediante el culto que se da a la eucaristía fuera de la Misa.

La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas *Novo millennio ineunte* y *Rosarium Virginis Mariae*, ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor (EDE 25).

Si la eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia *hace* la eucaristía es evidente la estrechísima relación entre ambas. En virtud de dicha relación es posible leer las notas que definen la naturaleza íntima de la Iglesia (unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad) en clave eucarística. Es lo que hace el papa en capítulo tercero, centrándose de modo particular en la “apostolicidad de la eucaristía”<sup>107</sup>. Los tres sentidos que el *Catecismo de la Iglesia Católica* indica al explicar la apostolicidad de la Iglesia (edificada sobre el fundamento histórico de los apóstoles, depositaria y transmisora de la enseñanza apostólica, y guiada pastoralmente -enseñanza, santificación y gobierno- por los obispos en virtud de la sucesión apostólica) se cumplen también en el misterio eucarístico. Para celebrar la eucaristía la asamblea congregada necesita absolutamente que un sacerdote ordenado la presida. La comunidad no está capacitada para darse por sí sola el ministro ordenado. Si la eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal. Por eso, el papa reitera lo que ya había afirmado en la Carta Apostólica *Dominicae Cenae*: «la eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la

---

<sup>106</sup> Cf. A. Santarsiero, «“Ecclesia de Eucharistia” encierra el núcleo del misterio de la Iglesia», en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.: 20.6.2003), 10-11.

<sup>107</sup> Cf. A. Miralles, «La apostolicidad de la Eucaristía», en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.: 1.8.2003), 7.

institución de la eucaristía y a la vez que ella»<sup>108</sup>. El peligro de dispersión existente en la vida sacerdotal es superado gracias a la celebración cotidiana de la eucaristía, donde el sacerdote «será capaz de sobreponerse cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de su vida y de su ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales» (EDE 31). De la misma centralidad de la eucaristía se deriva también su puesto capital en la pastoral de las vocaciones sacerdotales.

La Iglesia está llamada a promover tanto la comunión con Dios como la comunión entre los fieles. Para ello cuenta con la Palabra de Dios y con los sacramentos, sobre todo la eucaristía: en ella culmina todo deseo humano, porque en ella llegamos a Dios y Dios se une a nosotros con la unión más perfecta. La comunión que nos une al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo supone la vida de gracia así como la práctica de las virtudes teologales. No basta la fe, sino que es preciso perservar en la gracia santificante y en la caridad, permaneciendo en el seno de la Iglesia de forma “visible e invisible”. El cristiano que participa plenamente en la eucaristía comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo, tiene el deber moral de vigilar que estos vínculos existan en su integridad. Resplandece así, una vez más, el vínculo tantas veces señalado por el papa entre el sacramento de la eucaristía y de la penitencia. La eucaristía crea comunión y educa a la comunión, de ahí la importancia de la eucaristía dominical, centro del *día del Señor*, que por ello se convierte también en *día de la Iglesia*. Refiriéndose a la actividad ecuménica, el papa llama seriamente la atención sobre la obligación que los fieles católicos tienen de abstenerse de la comunión distribuida en las celebraciones de las comunidades cristianas separadas tras la Reforma. La eucaristía es un don demasiado grande para admitir confusiones y reducciones.

La fiel observancia del conjunto de las normas establecidas en esta materia es manifestación y, al mismo tiempo, garantía de amor, sea a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, sea a los hermanos de otra confesión cristiana, a los que se les debe el testimonio de la verdad, como también a la causa misma de la promoción de la unidad (EDE 46).

La Iglesia se ha sentido impulsada a lo largo de los siglos y en las diversas culturas a celebrar la eucaristía en un contexto que sea señal de tan magno misterio. Por eso, la Iglesia no ha tenido miedo de dedicar sus mejores recursos para expresar su reverente asombro y admiración ante el don de la eucaristía. El papa lamenta que a partir de la reforma litúrgica postconciliar, por un malentendido de creatividad y de adaptación, se hayan cometido

---

<sup>108</sup> DC 2; EDE 31.

abusos; de ahí el llamamiento a observar con fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. El sacerdote que celebra fielmente la misa según las normas litúrgicas y la comunidad que se adecua a ellas, demuestran de manera silenciosa pero elocuente su amor por la Iglesia.

El capítulo sexto, último de la encíclica, tiene como título “En la escuela de María, mujer «eucarística»” y está dedicado a la eucaristía en su relación con la Virgen María. En línea con la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II que dedica su último capítulo a María, el papa en la encíclica dedicada a presentar la eucaristía en su relación con la Iglesia no ha querido dejar de dedicar un capítulo a María como «mujer eucarística». Sin duda, es el capítulo más novedoso de toda la encíclica. En el relato de la institución de la eucaristía el evangelio no menciona a María. Se sabe, sin embargo, que estaba junto a los apóstoles en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés. Esta presencia no pudo faltar en las celebraciones eucarísticas posteriores de la época apostólica. La eucaristía es misterio de fe que supera nuestro entendimiento, haciendo del abandono la actitud más apropiada para recibirlo. De ahí que María sea apoyo y guía en esta actitud, y, en consecuencia, “mujer eucarística”. María anticipó en el misterio de la encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Hizo suya la dimensión sacrificial de la eucaristía con toda su vida junto a Cristo. Mirando a María conocemos la fuerza transformadora que tiene la eucaristía. En la eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María; de ahí la invitación del papa a leer el *magnificat* en perspectiva eucarística: «Puesto que el *Magnificat* expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *magnificat!*» (EDE 58).

### c) Fuentes

La encíclica recoge la riquísima enseñanza de la Iglesia sobre el misterio eucarístico. Enseñanza que se apoya en el depósito de la Revelación, Palabra de Dios escrita y transmitida. Sorprende en este sentido, la extraordinaria armonía y coherencia interna que se percibe en toda la encíclica al integrar unitariamente la fundamentación teológica (apoyo riguroso en las fuentes de la revelación) y la proyección pastoral. Una vez más, el papa deja claro testimonio de que no puede haber guía pastoral fecunda sin sólido magisterio doctrinal.

De todos los testimonios aducidos, destacan por su número y riqueza las citas de la Sagrada Escritura (61 citas en total), referidas en torno a cuatro motivos: i) los relatos de la institución (son las citas más abundantes), con las cuales se subraya tanto la historicidad del acontecimiento, indisolublemente

ligado al misterio de la pasión, muerte y resurrección, como el origen divino del sacramento de la eucaristía (los apóstoles, reciben y transmiten una tradición que han recibido del Señor); ii) el sacrificio redentor de la Cruz, cuyas referencias escriturarias explicitan el sentido sacrificial de la eucaristía, formulado ya en las palabras institucionales (Ga 3, 13: *se hizo Él mismo maldición*; Rm 5, 8: *murió por nosotros*; Ga 1, 4: *se entregó a sí mismo por nuestros pecados*; Ef 5, 2: *nos amó y se entregó a sí mismo por nuestros pecados*); iii) la Nueva Alianza, con citas que evocan las profecías y abren a la comprensión de la dimensión comunitaria de la eucaristía; y, iv) la dimensión escatológica, desarrollada principalmente recurriendo a Jn 6 y al Apocalipsis.

Del magisterio pontificio precedente, sobresalen con diferencia las citas del Concilio Vaticano II (30 en total), siguen a continuación las citas del *Catecismo de la Iglesia Católica* (6), de Pablo VI (6), del Concilio de Trento (4), de Pío XII (3), de Pío X (2), de León XIII (1) y del Concilio IV de Letrán (1). Encontramos además citas abundantes de Santos Padres, más de oriente que de occidente, como san Juan Crisóstomo (5 citas), san Ignacio de Antioquía (2), la *Didaché*, san Cirilo de Alejandría, san Cirilo de Jerusalén, san Efrén, san Cipriano, san Ambrosio y san Agustín (de cada uno de ellos una cita). No faltan tampoco citas de teólogos medievales de oriente, como Nicolás Cabasilas, o de santos doctores de la Iglesia, como Santo Tomás de Aquino, San Alfonso María de Ligorio y Santa Teresa de Jesús.

#### d) Aspectos dogmáticos destacados

Desde el punto de vista doctrinal es fácil reconocer en la encíclica una doble preocupación, formulada por el mismo papa al anunciar su publicación: i) exponer orgánicamente la fe de la Iglesia sobre el misterio eucarístico; ii) despejar sombras originadas por enseñanzas desviadas y prácticas confusas.

De la presentación orgánica del misterio eucarístico, se pueden destacar cuatro aspectos doctrinales especialmente iluminados: i) la formulación de la verdad de la eucaristía (*mysterium fidei*), en toda su riqueza, señalando sus dimensiones inseparables: Sacrificio (memorial de la Cruz: cuerpo entregado, sangre derramada), Banquete-Comunión (participación = recibir y ser recibidos por Cristo) y Presencia (verdadera, real y sustancial); ii) la relación entre la eucaristía y la Iglesia, tema principal de la encíclica, descrita por dos caminos: a partir de las imágenes que muestran la naturaleza íntima de la Iglesia (Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios/ de la Nueva Alianza, Sacramento de unidad, Comunión de los creyentes en Cristo) y a partir de las notas de la Iglesia -una, santa, católica y apostólica- desarrollando, sobre todo, esta última; iii) la relación entre la eucaristía y la Virgen María, invitando a leer la vida de María en clave eucarística (María presente en las celebraciones eucarísticas apostólicas, María mujer eucarística con su vida y actitud interior,

María ofrece seno virginal para la Encarnación, María primer tabernáculo de la historia, María y dimensión sacrificial, desde la presentación en el Templo al Calvario, y el *magnificat* en perspectiva eucarística) y contemplar, en consecuencia, con María (“hacer nuestra la actitud de María) el misterio de la eucaristía; y iv) la relación entre eucaristía y escatología, recordando que la eucaristía es “prenda de la gloria futura” ya que por la comunión poseemos ya vida eterna, se nos concede la prenda de la resurrección (recibimos Cuerpo glorioso de Cristo), se fortalecen nuestros lazos en la comunión de los santos, y en la eucaristía se inician ya los cielos nuevos y la tierra nueva.

Entre las sombras que oscurecen el misterio eucarístico el papa señala las siguientes: i) hay sitios “donde se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística ...La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones” (EDE 10; cf. nº 25); ii) se nota a veces una comprensión muy limitada de la Eucaristía; privada de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un banquete fraternal (cf. EDE 10); iii) en ocasiones queda oscurecida la necesidad del sacerdocio ministerial (cf. EDE 10; 29); iv) hay iniciativas ecuménicas contrarias a la disciplina de la Iglesia Católica (cf. EDE 10); v) únicamente ha de ser el sacerdote quién pronuncie la plegaria eucarística (cf. EDE 28); vi) la comunidad no está capacitada para darse por sí sola el ministerio ordenado (cf. EDE 29); vii) no se puede pensar en reemplazar la Misa dominical con celebraciones ecuménica de la Palabra o con encuentros de oración común (cf. EDE 30); viii) es importante para la vida de los sacerdotes y de la Iglesia, la celebración diaria de la Eucaristía: “la cual, aunque no pueda estar presentes los fieles, es ciertamente una acción de Cristo y de la Iglesia” (EDE 31); ix) la construcción de toda comunidad cristiana requiere la celebración de la Eucaristía (cf. EDE 32); x) la necesidad de confesarse antes de comulgar cuando uno es consciente de pecado mortal (cf. EDE 36); xi) no se debe permitir la admisión a la comunión eucarística a los que “obstinadamente persistan en un manifiesto pecado grave” (cf. EDE 37); xii) no se puede dar la comunión a una persona no bautizada o que rechace la verdad íntegra de fe sobre el Misterio eucarístico (cf. EDE 38); xiii) es una gran incongruencia celebrar la Eucaristía sin una verdadera comunión con el Obispo y con el sucesor de Pedro (cf. EDE 39); xiv) la Misa dominical es una obligación para los fieles y los pastores deben ofrecer a todos la posibilidad efectiva de cumplir el precepto (cf. EDE 41); xv) en ningún caso es legítima la concelebración si falta la plena comunión con la Sede Apostólica (cf. EDE 45); xvi) un fiel católico no puede comulgar en una comunidad que carece de válido sacramento del Orden (cf. EDE 46); xvii) “la liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios” (EDE 52); xviii) “la obediencia a las normas litúrgicas debería ser redescubierta y valorada como reflejo y testimonio de la Iglesia

universal” (EDE 52); xix) a nadie le está permitido infravalorar el Misterio confiado a nuestras manos (cf. EDE 52); xx) “el Misterio eucarístico - sacrificio, presencia, banquete- no consiente reducciones ni instrumentalizaciones; debe ser vivido en su integridad” (EDE 61).

## Conclusión

El rápido repaso de los principales documentos pontificios del papa Juan Pablo, publicados en los primeros veinticinco años de su pontificado, leídos desde la perspectiva del magisterio eucarístico, nos permite sacar algunas conclusiones.

Ante todo, un dato se impone como evidente: la eucaristía ha estado en el corazón de la enseñanza del papa, desde su primera encíclica hasta la última, y esto ha sido así porque ha existido un empeño explícito, también a nivel magisterial, de vivir el misterio eucarístico como fuente y cima de toda su actividad pastoral.

En segundo lugar, resulta igualmente evidente el empeño por presentar el misterio de la eucaristía en la perspectiva señalada por el Concilio Vaticano II, e impulsada por su predecesor Pablo VI. Esta perspectiva privilegia la exposición doctrinal sobre la eucaristía en su vínculo eclesiológico. La Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* se descubre así como el resultado coherente de un magisterio que ha buscado iluminar especialmente cómo la Iglesia vive de la eucaristía. Esta perspectiva ha estado presente desde la Encíclica *Redemptor hominis*, donde se traza ya el programa magisterial eucarístico que luego hemos visto desarrollado hasta llegar a la última encíclica.

En tercer lugar, se percibe con gran claridad una preocupación de tipo doctrinal consistente en presentar la eucaristía en la integridad de sus aspectos. El sacramento de la eucaristía es, en efecto, Sacrificio, Comunión (Banquete) y Presencia. La amplitud de aspectos que pueden ser señalados en torno al misterio eucarístico (revelación-comunicación del Misterio Trinitario, de la verdad del hombre y de la fraternidad humana, de la naturaleza íntima de la Iglesia, de su misión y compromiso en el mundo, y de la esperanza escatológica) encuentran en la formulación simultánea de estas tres dimensiones su punto de partida y de llegada.

En cuarto lugar, resulta evidente, tanto desde la enseñanza como desde la vivencia de este misterio (de la cual forma parte integrante la enseñanza), que si la eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, no hay un solo aspecto de la vida eclesial que no pueda y deba ser iluminado desde la eucaristía. La preocupación pastoral de Juan Pablo II que le ha llevado a trazar un “programa” para todos los cristianos, al inicio del Nuevo Milenio, consistente en contemplar a Cristo con María, pasa necesariamente por la eucaristía. Tal puede ser, en efecto, en conclusión la orientación fundamental

de todo el magisterio eucarístico de Juan Pablo II, legado precioso para los hijos de la Iglesia en el alba de este tercer milenio de cristianismo.

En el alba de este tercer milenio todos nosotros, hijos de la Iglesia, estamos llamados a caminar en la vida cristiana con un renovado impulso. Como he escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, no se trata de « inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste» (NMI 29). La realización de este programa de un nuevo vigor de la vida cristiana pasa por la Eucaristía.

Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia? (EDE 60)